

CRUZ Y RAYA

S. AGUIRRE, IMPRESOR. — TELÉFONO 30.366. — MADRID

CRUZ Y RAYA

REVISTA DE AFIRMACIÓN Y NEGACIÓN

MADRID, FEBRERO DE 1934

CRUZ Y RAYA

SE PUBLICA TODOS LOS MESES

LA FUNDARON

*Miguel Artigas. – Manuel Abril. – José Bergamín.
José M.^a Cossío. – Manuel de Falla. – Alfonso García
Valdecasas. – Emilio García Gómez. – Antonio Ga-
rrigues. – Carlos Jiménez Díaz. – Antonio de Luna.
Juan Lladó. – Alfredo Mendizábal. – Eusebio Oliver.
José M.^a Pardo. – José R. Manent. – F. Romero
Otazo. – Eduardo Rodrigáñez. – José M.^a Semprún.
Manuel Torres.*

Director:

JOSÉ BERGAMIN

Secretario:

EUGENIO IMAZ

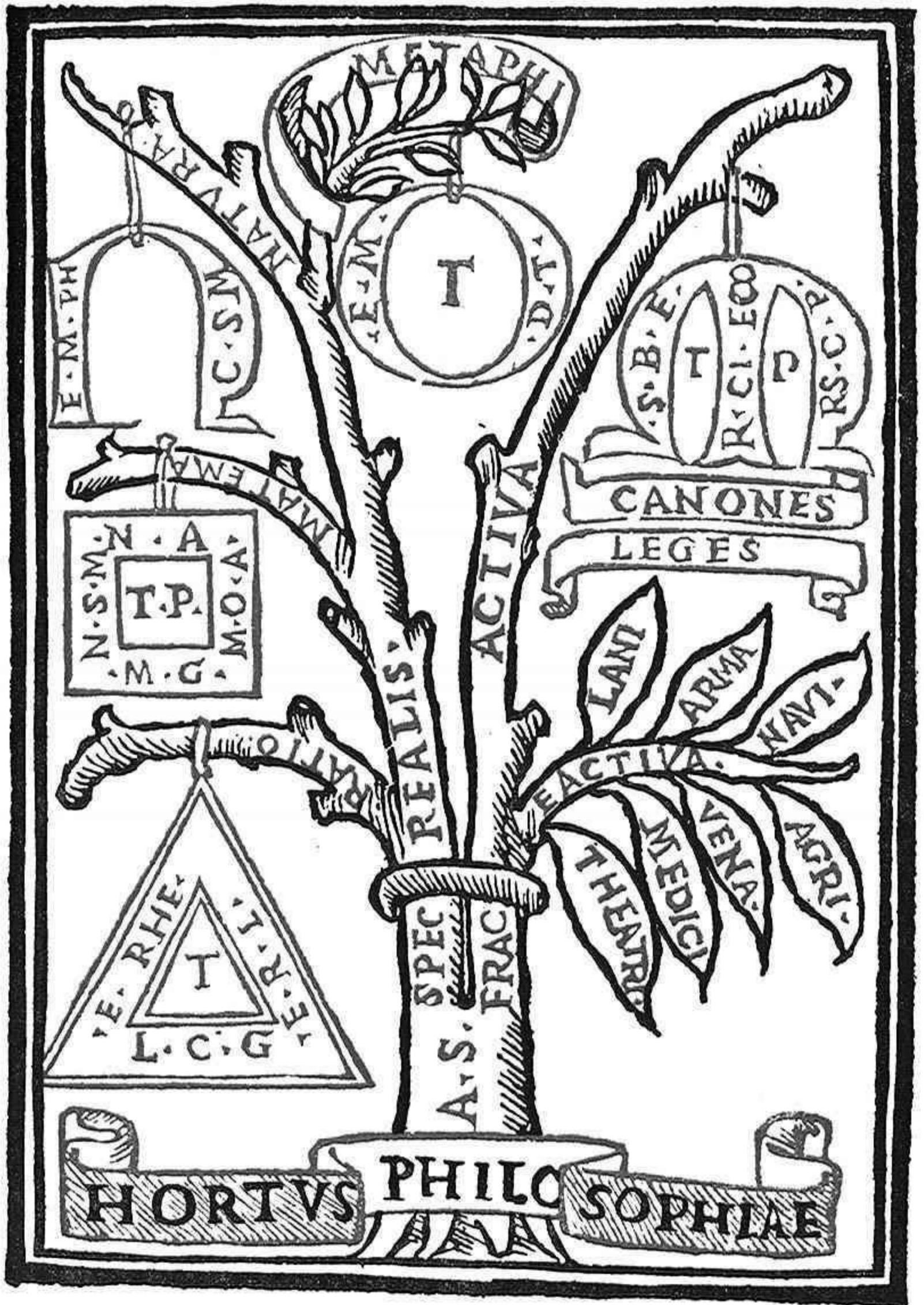
Suscripción a doce números:

*España, 30 pesetas; Países adheridos a la tarifa reducida de
Correos (envío certificado), 35; todos los demás países (envío
certificado), 42.*

Ejemplar:

España, 3 pesetas; Extranjero, 4.

MADRID
GENERAL MITRE, 5
TELÉFONO 17573



Sumario

SOBRE LA PRESENCIA DE DIOS, por Paul Claudel.

ELOGIO DE NARCISO, por Félix Ros.

ROMÁNTICA DE DIPLOMAS

(Selección y notas de José López Ortiz.)

CRIBA

LA VOZ A TI DEBIDA (Poema). PEDRO SALINAS, 1933:

- 1. EL ESPEJO ARDIENDO, por José M.^a Quiroga Plá.*
- 2. DULCE SUEÑO DONDE HAY LUZ, por Luis Rosales.*
- 3. AMOR SUFICIENTE, por Luis F. Vivanco.*

CRISTAL DEL TIEMPO

EL MOVIMIENTO ESPRIT Y LA REVOLUCIÓN ESPIRITUAL, por Emmanuel Mounier.

Dibujos de Benjamín Palencia.

Sobre la presencia de Dios



¡QUÉ más quisiera yo que el escritor Claudel desapareciera por completo, y que bajo los ridículos disfraces del literato no se viera ya más que al hombre, tal como es: es decir, al servidor de Dios, al apasionado de la gloria, de la verdad y del amor de Dios! Fué sólo un sentimiento de mi propia insuficiencia total el que, al cabo de tanto tiempo, animó de un sentido irónico y bufo mis obras últimas. Pero este sentimiento mismo quisiera yo que desapareciera también, ahora, borrado por el de la humildad, que es el de una atención pura e infantil, que apartándose cada vez más de mí mismo, me vuelve, cada vez más, a todas las cosas de Dios. Como en aquellos: judicia tua, o eloquia tua, o mandata tua, que el viejo David, todo blanco, pero siempre ardiente de la llama del santuario, no se cansa de repetir, de machaconear, a través del interminable Salmo 118, con una obstinación encarnizada e invencible.

(De una carta de Claudel a Madaule. Febrero, 1931. T. Madaule: *Le génie de Paul Claudel*. Paris, 1933).

A Jacques Madaule.

ES un lugar común teológico, desde San Dionisio Areopagita, que todo lo que podemos saber de Dios en este mundo es que *Dios es y lo que Dios no es*. Pero hemos de poner mucho cuidado en no exagerar el sentido de esta proposición antitética y no decir que sólo conocemos a Dios por negaciones, dejándole suspenso en el vacío y desembarazado de toda conexión con este mundo creado por Él. No estaría muy lejos de la herejía semejante concepción. Conocemos a Dios de modo positivo y no sólo negativo, según firmemente lo han asentado San Buenaventura y toda su escuela. Cuando sabemos que *Dios es*, tal como fué revelado a Moisés en la Zarza Ardiente, atinamos con la esencia de Dios: ese mismo verbo que en nosotros y en todos los seres creados sirve de base a todas las distinciones inteligibles y sensibles. Y cuando a la vez afirmamos que también sabemos *lo que Dios no es*, como toda ausencia tiene su razón de ser, nuestro conocimiento

de Dios asume, enriqueciéndose, el modo peculiar con que Dios rebasa o rehusa un receptáculo insuficiente. Porque hay gran diferencia entre no ser esto o lo otro y no estar aquí o allí. Dios no es tal y tal cosa. Dios es *en* todas las cosas, o más bien todas las cosas son *en* Él, como San Pablo nos lo enseña. Cuando a todas las criaturas sucesivamente invitamos a que proclamen su impotencia para existir por sí mismas, declarando la vocación que las impulsa a manifestarse en tal o cual *papel*, a sustituir, a *representar* al Ser absoluto en lo particular y al Ser Eterno en lo fugitivo, entonces poblamos con una nota más, con una voz más, la inmensa gama de nuestra confesión como el actor comprometido a figurar lo que *no es* de veras, aunque su interpretación sea verídica. Con un arbitrio más contamos para no permanecer mudos en el seno de la Presencia. Otro arbitrio más se ofrece al Ser si quiere que le detenga la Nada. Un fin y una definición más existen.

Cuando sabemos que *Dios es y lo que Dios no es*, no sólo un verbo se nos revela, sino el tiempo de ese verbo. Dios siempre está en presente, y en el presente es donde está presente a todas las cosas. El principio y el fin de todas las cosas surgen de este presente que está en Él. Él es el alfa y la omega, a

la vez el compás y el círculo. El Apocalipsis desenvuelve la revelación de Éxodo diciendo que Dios es a la vez el *Era*, el *Siendo* y el *Será*. (Un pretérito indica en griego este futuro.) Quien es lo que ha sido siempre es el Padre; quien es lo que es, la semejanza que fija la identidad, el verbo que traduce la sustancia, es el Hijo, y quien es lo que será, el dardo el amor que de un solo golpe anula entre los participantes toda posibilidad de no hallarse más que en lo inmediato, es el Espíritu (1).

Por último, cuando decimos que las cosas nos sirven para saber *lo que Dios no es*, y que no es otra su razón de ser—*ser lo que Dios no es*—, entendemos que ninguna cosa determinada puede agotar por sí misma la imposibilidad de todas las restantes. Tienen todas que darse la mano en torno a Él. Tienen que constituir a su alrededor un cuerpo y un sistema (*sepes*), y al pasar ante Él impedirle que de ellas prescindiera. Todas las palabras tienen que entretorse en una frase. Tiene la Luz que lucir en perfectas tinieblas, y lo que no sirva para recibirla, tiene por lo menos que servir para reflejarla. Entonces es cuando la Esposa del Cantar (I y III) va preguntando a cada guarda de la Ciudad si él es el amado de su alma (2), y muy gozosa va oyendo responder que no, y que si quiere encontrarle debe sa-

lir de la Ciudad (*Egredere*) y dirigirse al lugar donde está Él reposando, en el centro de la hora del Mediodía.

Hasta aquí hemos considerado el conocimiento de Dios desde un punto de vista abstracto y objetivo en cierto modo. Debemos ahora volver nuestra mirada hacia nosotros mismos y estudiar este conocimiento en nosotros como un estado interior.

Varias escuelas filosóficas—en el islamismo y el hinduismo y hasta en el cristianismo—han negado que, dada la diferencia radical entre Dios y su criatura, pudiera la criatura llegar a un verdadero conocimiento de Dios. Es una conclusión condenada. Si los mismos seres brutos conocen a Dios de cierta manera, puesto que son capaces de significarle y alabarle, ¿cómo podría el hombre carecer de un conocimiento más eminente? Hasta qué grado es amplio y es hondo este conocimiento nos lo revelan los discursos de Nuestro Señor, que acompañan, según San Juan, a la institución de la Eucaristía: *Donde yo estoy, estaréis también vosotros. El Espíritu de verdad conoceréis, porque morará con vosotros y estará dentro de vosotros. Vosotros me veréis porque yo vivo, y vosotros viviréis. Entonces conoceréis que yo estoy en mi Padre, que vosotros estáis en mí y yo en vosotros. Si alguien me ama, mi Padre le amará, y*

vendremos a él, y haremos mansión dentro de él. El Paraclete os lo enseñará todo, y os recordará cuantas cosas os tengo dichas. Tú lo sabes todo, y no has menester que nadie te haga preguntas: por donde creemos que has salido de Dios. Y la vida eterna consiste en conocerte a ti, solo Dios verdadero, y a Jesucristo. (La vida eterna es, pues, asimilada a un conocimiento.) A fin de que todos sean uno, como tú; ¡oh Padre!, estás en mí y yo en ti, y todos en nosotros uno solo. Yo les he dado la claridad que tú me diste. Yo en ellos y tú en mí, a fin de que sean consumados en uno solo. Yo quiero que estén conmigo allí donde yo estoy para que contemplen la claridad que tú me has dado. Para que el amor con que me amaste, en ellos esté y yo esté en ellos.

Sobre textos de esta índole la teología ha basado la teoría sublime de la Visión trasformante o deífica. Después de la muerte veremos a Dios sin duda alguna, como dijo el Apóstol, *no desde la parte, o como en un espejo, o como en enigma, o a posteriori, sino facie ad faciem*. Desde esta misma vida, y entre los velos que nos envuelven, existe una *aptitud para Dios*: semilla y soporte de nuestro futuro conocimiento, memoria del sustancial atisbo de Dios a que debemos nuestro ser, personal vocación que ha servido de cita a los elementos dispersos de

nuestro cuerpo, centella (3) que en nosotros duerme o más bien vela mientras dormimos. En nuestro propio fondo hay un Hijo de Rey que no ha perdido nunca el recuerdo de aquella gota de vino de Jurançon, ni de aquel diente de ajo con que en otro tiempo su madre le frotó los labios, ni de aquel grano de sal ardiente que en la punta de la lengua nos pusieron el día del bautismo. Hay en nosotros algo misteriosamente amarrado, una *morada* capaz de servir de apoyo a la de Dios (¿cómo podría Dios encontrar casa en lo pasajero?), cierta persistencia en existir, cierta metafísica mirada al presente que alimenta la continuidad de nuestra persona.

Así como en un camino escarpado no se repara en el valor del punto de apoyo a que poder agarrarse, vamos a tomar del libro de un semiloco una horrenda parábola, que nos permitirá avanzar de un solo empuje los tres o cuatro centímetros indispensables. En sus *Cantos de Maldoror*, el desventurado Lautréamont supone que Dios Todopoderoso, visitando a una prostituta en su guarida, pierde uno de sus cabellos. Fijos los ojos en la rendija infame, el loco nos describe la desesperación y los saltos de aquel olvidado cabello que intenta volver a su poseedor. Pues otro tanto sucede al alma del hombre, inmovilizada, cegada y encarcelada bajo la abruma-

dora pesadumbre del pecado original. El alma no es Dios ni una partícula de Dios, puesto que Dios no tiene partes, y sin embargo, Dios está *en* el alma, que a su vez y de cierta manera no deja de estar en Dios como en su causa permanente: el alma le pertenece, le *debe* su existencia, y detenta de Dios una imagen que debe restituírle. No cesa de nacer en el alma una imagen que constituye su existencia. El alma llama a Dios, y Dios la llama. Ella sostiene con Él viva relación íntima, yuxtaponiendo miserablemente a la Eternidad su conocimiento y su co-nacimiento (*co-naissance*), en el fondo de una indecible separación y unas tinieblas espantosas.

Cuando por inaudita suerte el alma, así absorbida y crucificada, llega a oír por fin algo de aquel nombre esencial que imperceptiblemente no deja a la vez de sugerirle y exigirle el Esposo, ¿podrá decirse al alma que de veras no es capaz de saber nada de Quien así la ha conmovido? El alma sabe lo que necesita saber, y al curioso *cómo* y al importuno *por qué* responde igual que la heroína de la Leyenda: *Sencillamente porque era yo y porque era Él.* Con su actitud corresponde en seguida al llamamiento como la Magdalena cuando cae de rodillas. Lo que hacía en la ignorancia lo hace ahora con plena atención. Y por una serie de esfuerzos peque-

ños, pacientes, trata de situarse en posición que le permita oír cada vez mejor, y entender y aplicar pacientemente aquel consejo oído y aquella vital necesidad de escuchar, ayudando a Dios y colocándose respecto a Él en estado de conocimiento, es decir, de co-nacimiento. No tiene el alma que poner en ejercicio tal o cual órgano intelectual o sensible. Ella misma es quien, respondiendo a los suavísimos toques, debe colocarse en especial disposición. Conocimiento llamamos a esta disposición, a este comportamiento, a esta vigilancia frente a Dios, y no de nuestra sensibilidad o de nuestra inteligencia, sino del caudal o curso (4) del ser que en nosotros mantiene el funcionamiento de lo sensible y lo intelectual.

Durante este doble trabajo, en que nuestra inteligencia y nuestra voluntad actúan afectuosamente acordes con la Gracia Divina, nuestra tarea consiste en allanar los obstáculos mientras la Gracia nos irradia consejo y vigor hacia lo hondo, fortaleciendo nuestras profundidades como una oculta bienhechora hasta que llegue para ella el momento de actuar sobre nosotros directamente y añadir a la tenebrosa instigación de la voz el incentivo, fúlgido al fin, del rostro, según el ruego del Cantar: Muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oídos (II, 14). ¡Esa

voz tanto tiempo enmudecida! ¡Ese canto tan cruelmente retenido! Porque en ese momento, según las palabras de Isaías (LVIII, 8), *nuestra Justicia habrá precedido a nuestro semblante.*

De esta acción ablativa o reductiva voy a tratar en primer término. Isaías, en el Sábado de Ceniza (Ib., 9), nos la formula en triple fórmula cuando nos dice: *Si quitares de en medio de ti la cadena—si cesares de extender el dedo—y de charlar neciamente.* Examinemos esta sentencia triple.

Si quitares de en medio de ti la cadena. Para entenderlo será suficiente reavivar nuestros recuerdos de bicicleta y automóvil. Es lo que se llama *desembragar* (5). Detengámonos a considerar lo que el Profeta ha querido decir. Cuando comenzamos a seguir las vías interiores, continúa funcionando por sí solo el mecanismo mental (una especie de rueda dentro de otra rueda), ya retirado del uso externo. Firmemente continúan sosteniéndose juntos como una cadena indisoluble ideas, imágenes, recuerdos y movimientos de inteligencia, sensibilidad y voluntad. Todo ello funciona en nosotros como un reloj, o como una noria que sin cesar va llenando y vaciando los mismos cangilones. Pero al ir acostumbrándonos a Dios poco a poco mientras el fondo de nuestro espíritu permanece inmóvil y recoleto, las

distracciones desligadas y medio disueltas se limitan a flotar ociosamente como un celaje, importuno por cierto, en la superficie del espíritu. Ya no queda entre esas distracciones enlace alguno; sólo un movimiento automático de inercia las reúne. O dicho en otra forma: el acostumbrado enlace ha dejado de trabar la Voluntad y la Imaginación. Hay un hueco, una rendija por donde el Esposo introdujo la mano (Cantar, V, 4). (La mano es lo primero que Santa Teresa vió objetivamente en Jesucristo.) Se ha roto aquella argolla al cuello, atada a la cintura, que nos mantenía encorvados como la paralítica del Evangelio. Nos interesamos por algo más que la contemplación de nuestro ombligo. *Tulit Hananias... catenam de collo Jeremiae* (Jeremías, XXVIII, 10). (Entre paréntesis: Ananías es el nombre de aquel varón de Damasco que libró a Pablo de la ceguera.)

Pasemos ahora al segundo punto. *Si desinas extendere digitum*, dice Isaías. Este dedo tendido es el que llamamos índice. Es el signo que usan los impresores para que dirijamos la atención a tal o cual párrafo. El dedo, a la vez línea y punto, sirve para encauzar la atención, fijándola en tal o cual objeto escogido por los ojos. De esta suerte, solidificando nuestras coyunturas en este o el otro rumbo, nos unifica. Existe en nosotros una especie de oficial que

señala a sus tropas el punto a que deben encaminar sus esfuerzos; y este punto exterior es quien ordena las interiores medidas que debemos tomar. Este índice desplegado es un indicio de la tensión de todo nuestro ser hacia el objeto elegido entre todos los objetos. La Gracia que en nosotros actúa tiene, pues, que arreglárselas para relajar al arquero siempre dispuesto a disparar la flecha. *Non tendat qui tendit arcum secum* (Jeremías, LI, 3). O si algo exige la tensión, que la despliegue el poderoso arco apacible destinado a sostener las catedrales. *Sedis in forti arcus ejus* (Génesis, XLIX, 24).

Así, pues, el primer consejo de Isaías se resuelve en un *desenganche*, y el segundo en un *relajamiento*. Veamos ahora el tercero: si cesares *de loqui quod non podest*.

Se trata de palabras interiores, del incesante tra-siego interior de imágenes, vocablos, pensamientos, memorias, afanes, motivos, gérmenes, despojos. Nuestro espíritu es como un cedazo que cierne y cierne sin cesar. O más bien me serviré de un líquido puesto a la lumbre como término de comparación. En la llama encendida de nuestro espíritu todas esas cosas hierven a borbotones y exhalan vahos que ciegan. El libro del Éxodo nos dice que *el río criará un hervor de ranas* (VIII, 3). El río es, como

suele decirse, la vida corriente. Las ranas son las vanas palabras que se emboscan en la contracorriente y el cenagal de la orilla, en ese cieno del espíritu entreverado de realidad concreta. Ranas que no dejan nunca de lanzar su nota ensordecedora, según la frase de los Proverbios: *Os fatuarum ebulliet stultitiam*. No es sólo importuno este clamor. Es también dañino. Nuestra cloaca íntima no engendra sólo ranas. Quienes devoran la simiente del sembrador son las avecillas del Evangelio, y las ratas quienes van a desenterrarla. *Las ciudades y los campos en el centro de la región comenzaron a bullir y aparecieron muchedumbre de ratones* (I Reyes, V, 6). Es menester apaciguar esa agitación, o por lo menos ir reduciéndola a términos inofensivos, y dominar, ordenar, someter el ahinco sin cesar aplicado contra nuestros muros, y esa huída, esa impaciencia por llegar al contacto con Dios. Es menester que reine el descanso del Sábado en nuestros reductos interiores: sagrado descanso, exquisita y delicada suspensión. Dice Isaías: *Si retirares del Sábado tu pie, es decir, el afán por estar en otra parte, y te abstuvieres de hacer tu voluntad en mi día santo...* (LVIII, 13) (6).

Y al acabar de trazar estas palabras, hundo la mano en el bolsillo, ¡y saco mi rosario! ¿Qué mejor

imagen de la cadena que debemos retirar *de en medio de nosotros?* (7). Todas estas santas palabras entrelazadas, ¿no constituyen la exacta compensación de este maldito encadenamiento de sílabas inanes? ¿Y cómo podríamos extender el dedo índice, que es el dedo por excelencia, cuando le usamos con el pulgar para computar nuestro tesoro interior, deslizando entre las pinzas de nuestra aprehensión todas las cuentas, todas las piedras de esa corona de loores? ¿Y qué procedimiento más seguro, en suma, para imponer silencio a las ranas que colocar en lugar del caos el ritmo, y la palabra que sirve en lugar de la que no sirve, delatando así su origen diabólico? Cuando por fin sujetamos la mente a un vaivén, a una cadencia, quedan excluidos de nuestra ronda los elementos importunos; poco a poco se apacigua el espíritu, y al vernos atareados, la divina paloma se acerca, ya tranquila, a esas entradas auriculares que no llevamos en medio del rostro, sino a cada lado de la cabeza.

Hemos examinado el aspecto purgativo de la oración. Es el que exige de nuestra voluntad la participación más visible. (Aludo al allanamiento de los obstáculos.) Ahora nos falta abarcar en una tentativa de expresión el aspecto positivo, recordando que constituye un privilegio de poetas y locos plan-

tar con audacia el pie allí donde el prudente no se atreve ni a insinuar la punta del suyo. No se trata del santo que, poniendo al revés sus pasos en sus propios pasos, intenta caritativamente facilitar el acceso a su propia morada, sino del aventurero que, valiéndose de las indicaciones de la Escritura, sin ridícula pretensión (8), se lanza a una empresa de infirencia y reconocimiento.

Las diversas zonas o atmósferas que me atreveré a llamar sucesivas, alrededor de la definitiva residencia de Dios en el fondo de nuestros corazones, pueden designarse con los nombres de Paz, Luz, Alimento, Principio y Justicia.

La Paz que Dios nos da no es sólo una cualidad negativa, una carencia de disgusto, de entorpecimiento y lucha, de afán y nostalgia, aunque por la desaparición radical de todos esos estados adquiramos nuevos modos de holgura, apogeo y libertad. Estoy refiriéndome a la Paz divina que en nosotros infunde algo nuevo y positivo. Ya hemos visto que esta paz es la imagen del Sábado, de aquel Sétimo Día en que Dios, después de crear el mundo, y considerando muy buenas todas las obras creadas, *valde bona*, da principio a un reposo desde entonces poblado de miradas. Pues allí se nos invita a seguirle, diciendo como la Virgen: *En todas las cosas*

busqué reposo, y en la heredad del Señor fijé mi morada (Eclesiástico, XXIV, 11). Y también: *Me hallo en su presencia como quien ha encontrado la paz* (Cantar, VIII, 10). Pero ¿qué paz? *La mía os doy, dice el Señor* (Juan, XIV, 27), *no la que da el mundo. La paz, termina San Pablo, que sobrepuja todo sentido.* La que precede a la presencia de Dios cuando, cerradas todas las puertas, toma asiento en nuestra alma diciendo: *Pax Vobis. Ego sum* (Lucas, XXIV, 36); y la que emana de sus palabras cuando nos dice: *Estas cosas os he dicho para que halléis en mí la Paz* (Juan, XVI, 33). El reposo del alma cristiana es una aprobación y una aquiescencia. A todas las cosas aprueba, y entre ellas a sí misma, porque son *muy buenas*, es decir, en cuanto obras de Dios. Se funda, pues, la paz en una humildad radicalísima, en una abstención profunda, y no de cooperación, sino de competencia. Con estremecimiento de gozo el alma adquiere conciencia de esa Nada bienaventurada que le permite no ver ya en las cosas y en ella misma sino la obra única de su Criador. De allí en adelante ése es su punto de vista. Hasta él la conducen infinidad de senderos; según la exhortación del Profeta, ya no le queda más que un trabajo: retirar de esos senderos el pie. Como al raposo de la fábula, ya pueden



asombrar a los amigos que la buscan todos esos pasos que van en la misma dirección sin que ninguno vuelva atrás. ¿No hemos tenido buen cuidado en todas esas peligrosas pistas, según el consejo de Isaías, de no dejar tras de nosotros acceso alguno? Al amparo de esa invisible barrera infranqueable —por ejemplo, los votos religiosos—, entre nosotros y el mundo para siempre interpuesta, podremos tranquilamente atender a nuestra labor como los obreros que arreglan una carretera. De esta suerte emplearemos para el reposo lo que no parecía hecho sino para el tránsito. *Et vocaberis aedificator sepium, averteus semitam in quietem* (Isaías, LVIII, 18).

La segunda aureola que reviste la presencia de Dios en el fondo de nuestros corazones, figurada por las coronas y envolturas de oro puro que rodean el propiciatorio, se llama limpiamente *luz*. *Y dijo Dios: ¡Sea hecha la luz! Y la luz fué* (Génesis, I, 3). En sus tratos con nuestro mundo interior, lo primero que tiene que hacer Dios es ver claro. Para que el alma entre en vida Dios se vale de la misma palabra a que recurrió en la creación del mundo. *¡Sea hecha la Luz! Habrá*, dice San Juan, *una luz verdadera que ilumina al hombre que viene a este mundo. En ella estaba la vida, y la vida es la luz de los hombres*. Obsérvese que San Juan no

emplea el presente, sino el pretérito. *Había una luz.* Aquella luz que me sirvió para dar vida al hombre sigue presente, no se ha apagado aún. No hay más que ponerse a buscarla; todavía es posible manejarla y conseguir que reaparezca tras una momentánea ocultación. *Dios, nos dice Job (XXXVI, 32-33), esconde la luz en sus manos* (manos que significan la operación y los manejos de la Gracia) *y a la luz ordena que salga nuevamente, y a quien Él ama le declara cómo esta luz es posesión suya, y que puede ascender hasta ella.* Pero ¿cuál es la luz que responde a la invitación de la luz? No viene de fuera. De nuestro propio fondo surge. El alma apela a la misma palabra a ella dirigida para contestar a esta palabra, porque es inherente a la pregunta. Apasionadamente declara el alma a Dios que Él solo existe, y que toda su tarea se reduce a aparentar de modo verídico algo que no es Dios. A la Luz increada confiesa valiéndose de la creada por Él. *En ti está la fuente de la Vida,* dice el Salmo XXXV. *Prorrumpió en el fondo de nosotros mismos,* dice Isaías (LVIII), como la mañana. De pronto, requerida por su amante, el alma se desgarrá de las tinieblas. *Y vió Dios que la luz era buena, y dividió la luz de las tinieblas. A la luz la llamó día, y a las tinieblas, noche* (Génesis, I, 4-5). El alma convierte

esas tinieblas, que son su elemento propio, en el instrumento de su confesión. Ellas le proveen de alimento, forma y órgano. *La noche es mi delicia y mi iluminación*, dice el Salmo CXXXVIII, 11. Dios ha establecido las tinieblas alrededor nuestro para no dejarnos ver más que esa luz. *Posuit Deus tenebras latibulum suum* (Salmo XVII, 12). Con nuestra opacidad ha hecho un espejo, poniéndola en su interior como en una vasija. Las tinieblas constituyen una *cámara oscura* que permite la clara formación del pensamiento. Gracias a ellas podemos formular en palabras y en plegarias el hálito fecundante con que Dios envuelve nuestra Nada original. *Lo que os digo en las tinieblas, decidlo en la luz* (Mateo, X, 27). Resumiremos, pues, todo este párrafo concluyendo que dentro de nosotros, en esta morada donde Dios procede por mediación de su faz (9) a una segunda creación, Dios trae a nuestras tinieblas la dádiva de un nacimiento en nosotros tan inagotable como su eternidad. *O Oriens!*

Como Dios nos ha dado la vida, *la luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo* (Juan, I, 9), *haciendo salir fuego de en medio del hombre* (Ezequiel, XXVIII, 18) (*fuego*, es decir, esa luz devoradora de la conciencia que es la delicia de los elegidos y también el suplicio de los réprobos),

asimismo la conserva Él dentro de nosotros (10). Como Dios es luz, también es alimento. *Venid a mí*, dice el Señor, *que Yo os aliviare* (Mateo, XI, 28), respondiendo a la súplica del alma fiel que pide a Dios que le *recree las entrañas* (Filemón, 20). *Porque mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida* (Juan, VI, 56). Pero comida no lo será verdaderamente para nosotros sin nuestra colaboración, como nos lo da a entender el enigma de Sansón: *De comedente exivit cibres: Del devorador salió manjar* (Jueces, XIV, 14). Y Nuestro Señor nos aconseja poco después que nosotros mismos procuremos *operación al manjar: Operamini cibum* (Juan, VI, 27). ¿Qué manjar? *No el que se consume* (Ib.), *sino el pan supersustancial, el pan mejor que el pan, cibus cibo melior* (Eclesiastés, XXXVI, 20), *que dura hasta en la vida eterna y que el Hijo del Hombre os dará* (Juan, ib.). De ese manjar se sirve Él mismo cuando dice: *Tengo para alimentarme un manjar que vosotros no conocéis* (Juan, IV, 32), *y mi manjar es hacer la voluntad de Quien me ha enviado* (Ib., 34).

También abundan los textos que aluden a la presencia de Cristo bajo especies potables. Pero, como en las bodas de Caná, debemos reservar ese vino para otra ocasión, *hasta el día en que bebamos*

el nuevo (Mateo, XXVI, 29). Volvamos al festín sustancial que vemos preparado para nosotros en todas las páginas de la Escritura, ese espiritual banquete que el Buen Pastor ofrece a sus ovejas, esparcidas por todo el orbe. Porque el pan es la Iglesia.

La bruma, el humo, el vapor frío y pesado que de la tierra se alza cuando el viento no sopla, cierto elemento inconsistente que obstruye la mirada y la extravía, esa red que nos entorpece el paso y nos oculta el camino, nos separa de nuestros hermanos y no nos deja ver lo que no puede asir la mano ni tentar la cayada...: he ahí la nube en que Ezequiel (XXXIV, 12) nos representa a toda la Humanidad desparramada y perdida y al Señor en busca de sus ovejas. Pero cuando estos pobres animales no pueden ya recurrir a la mirada, entonces se guían por su aparato interno de necesidad y digestión, por el olfato aprehensivo y la tracción del soplo vital que el Criador ha puesto en sus narices. A pesar de las falaces apariencias, el portalanas más estúpido, el carnero más cornamentado se negarán a comer arena. Como ya no saben dónde están, los Angeles envían la primavera a su encuentro. De las praderas invisibles hasta su corazón se exhala un hálito verde, toda clase de violetas y cucos, el narciso puro y fresco, el sabor áspero del diente de

león, tan impregnado de las virtudes de la tierra mojada, mil florecillas de miel tan dulces que ya no saben qué hacer con ellas las moscas, un terciopelo de mocedad, lo tierno como nata. Acuden entonces del desierto y la *tundra* (11) inmensos rebaños de cuadrúpedos, y Dios interrumpe su descanso para escuchar todo aquel ramoneo, el zampar de las lenguas y los labios, el rumor de las mandíbulas trituradoras. Dios contempla a Francia, y sobre todos los pueblos respira el vaho que se alza de la sopa; y se maravilla de tantas maneras cómo tenemos de hincar el diente en la gruesa bola hecha por Él, y de sus muchos sabores. Pues si el cuerpo se beneficia de tantos platos, ¿faltarán sólo al Espíritu sus manjares, pese a la oración que Nuestro Señor mismo se tomó el trabajo de enseñarnos? Más allá de la bruma y el torrente, ¿no existe una Tierra Santa de donde nos llegan bocanadas de inocentísimos alientos con una vaga impresión de campanas? Pero el propio torrente, que no por deslizarse callado es menos irresistible, se encarga de la exploración. ¿Cómo no advertir que estamos ya embarcados? No hay más que abandonarse a la continua tracción atractiva. A despecho de rocas y sirtes, la corriente domina y al fin nos hará saltar, sacudiéndonos y empapándonos, por encima de todas las presas,

hasta más allá de los pérfidos hoyos obstruidos por hierbas de donde nunca se espera salir. Pero pronto se ensanchará el río, y todo un país espacioso, allende los trece Estados entre los Aleganis y las Rocosas que cercan al Misisipí, se nos entrega como alimento. La mesa está puesta; sólo falta servirse por sí mismo. Dios se nos entrega hasta más no poder: ¡montañas y llanuras, valles y circos, dehesas y desiertos, infinitas perspectivas triunfales! ¡Corramos, entremos! Esta es la Tierra de que nos hablaba Josué, *chorreante de miel y de leche* (V, 6). No haya temor de llegar a explorarla del todo. *Tu mandamiento es infinitamente vasto*, nos dice el Salmo CXVIII. *Entraremos en un país espaciosísimo*, dice el Libro de los Jueces (XVIII, 10), *regado*, nos dice Isaías (XXXVIII, 21), *por desconocidos ríos*. *¿Quién la midió?*, dice el *Eclesiástico* (I, 2), y Job (XI, 9) afirma que *su dimensión es más larga que la tierra y más ancha que el mar*. *¡Dios me ha escuchado en la inmensidad!*, exclama el Salmo CLVII. Tal desarrollo y en tal escala que sólo *la anchura de las alas de los Querubines* (Isaías, VIII, 8) puede servir de proporción. *¿Quién nos dirá la anchura de Dios?*, continúa San Pablo. *Allí pacerá Israel*, dice Oseas (IV, 16), *una tierra ancha sin labradores* (12). *Inhabita*

terram et pasceris in divitiis ejus (Salmo XXXVI, 3 y 4).

Quedaré saciado cuando aparezca tu gloria, dice el Salmo XVI, 15. El torrente de conocimientos comestibles que hasta el fondo de la boca, hasta las raíces de la lengua nos derrama, al alzarse como un enorme plato alrededor nuestro, el horizonte – o ese bulto enorme de la tierra en sus giros –; el herbazal succulento, el océano de trigo, el mantel en que se han acumulado para nosotros las *bendiciones* del cielo, de las aguas y del *abismo subyacente* (Génesis, XLIX, 25); lo asado, lo helado, lo sazonado con las más exquisitas especias...: todo ello, en suma, nada significa para nosotros junto a aquel átomo de maná, junto a aquella gota de savia divina en la yema del dedo de Abraham, causa de nuestra sed. Nosotros no queremos pan. Queremos la esencia del pan, aquella misteriosa *grasa de la flor de harina* que menciona el Salmo CXLVIII. Manjar a cuyo paladeo nos invita San Pablo cuando habla de cierto *apetito de lo que está arriba* (Colosenses, III, 2) (14), *pan estrecho* (Isaías, XXX, 20) y como invisible *en el rescoldo* (III Reyes, XIX, 6) (15); moneda de la eternidad, clandestino redondel luminoso que el sacerdote, a cada aurora, nos desliza entre los labios. ¡Venturoso el hombre a quien Jesu-

cristo tendió las especies impregnadas de su propia sustancia! *Porque no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios* (Mateo, IV, 4). *Quien come este pan vivirá eternamente* (Juan, VI, 59). Los dientes, a semejanza de la inteligencia, pueden llevar a cabo su obra tajante en el seno de la comunicación divina; apretándola contra el paladar, la lengua puede sustraerle su íntimo sabor; con ella puede mezclarse nuestra personal humedad. Pero donde se encenderán lumbre potente y luz contentadora es en el altar del corazón, en el tabernáculo del pecho. *Mis palabras no pasarán*, nos dice como en escritura el Hijo de Dios. Agarrémonos, pues, al *ruedo de su vestido* (Mateo, IX, 20) como aquella pobre hemorroísa, enferma del mismo flujo perpetuo que no nos permite *permanecer jamás en el mismo estado* (Job, XIV, 2), y durante la suspensión del tiempo que los especialistas llaman éxtasis, escuchemos la palabra de supremo fundamento, la afirmación de la eterna Presencia: *No temas, ten confianza, YO SOY.*

Hasta aquí no he hecho más que describir, o más bien indicar, según mis alcances, los frutos de la presencia de Dios en nosotros. Ahora nos falta *descender* (Lucas, XIX, 5), siguiendo la invitación dirigida a aquel Zaqueo encaramado en el árbol del

Génesis, y considerar la mansión donde le place al Salvador ahora mismo establecer su residencia. Ha llegado la ocasión de internarse, por el camino de la humildad, en la zona de las causas y las raíces hasta nuestros cimientos. Y de pronto se nos impone, con la violencia de lo absurdo, esta idea heroica y deslumbradora: Dios no ha venido a nosotros, somos nosotros quienes vamos a Él. ¡Antes de que nosotros fuésemos nosotros, Dios ya estaba presente! En Él, con Él compartimos su modo de principiar. Podemos descender – los budistas lo han visto claro – a nuestro propio fondo por todos los escalones de la introspección no descubriendo más que un elemento flúido, volátil, inconsistente, el movimiento que va de la potencia al acto, hasta el instante de topar con el ser mismo, con la imagen de Dios activa en nosotros, que es sustancia, causa, espíritu y vida, y que la Escritura llama esencialmente *firmamentum*. Dios, nos dice el Libro de los Reyes, *se ha hecho mi firmamento*. Un principio traducido por una actividad. *Opera manuum ejus annuntiat firmamentum* (Salmo XVIII, 2). Es el principio promulgado por el Señor en el comienzo de los días (Génesis, I, 6): *Haya un firmamento en medio de las aguas, y separe las aguas de las aguas*. Es decir, que el principio, que en toda criatura es a un tiempo solidez y sepa-

ración, rige los elementos móviles hasta que se realiza la particular figura de su Perfección que el Criador desea conseguir de nosotros (17): figura en que los elementos móviles adquieren estabilidad y equilibrio (18). Hay que descender a nuestro propio fondo hasta encontrar el azul puro (19). Y pues estamos unidos a Jesucristo como compañeros a un jefe, podremos hacer nuestra la voz del Verbo en la suprema Pascua: *¡Oh Padre, yo deseo que aquellos que tú me has dado estén conmigo allí donde yo estoy. Que sean uno conmigo como yo soy uno contigo, a fin de que todos sean consumados en uno. Glorifícame con aquella gloria que tuve yo en ti antes que el mundo fuese.* Entonces, *así como yo soy conocida, conoceré*, dice el alma santificada: imagen pura en el fondo de nosotros mismos, Concepción en cuya virtud el alma logra poder para invocar al Padre.

La claridad que damos al Criador, la contribución personal que somos capaces de ofrecerle: he ahí la transparencia. Una Visión de Dios en nosotros va acompañada por el discernimiento de lo que en nosotros no es Dios, es decir, de nuestra propia nada: *Conforme a tu Verdad*, dice el Salmo CXVIII, 75, *me has humillado.* Más allá de lo contingente, lo extraño y lo accidental, hemos vuelto a descubrir nues-

tra naturaleza esencial y profunda, la resonancia adaptada a aquel mandamiento que, transmitido de generación en generación, nos pone en pie: *Alzará cimientos*, dice Isaías (LVIII, 12), *de la generación y la generación*. En contacto con la realidad donde nacimos (20), el ídolo en que nos hemos rehecho se disuelve; la mentira siente en nosotros desmoronarse el pacto de complicidad concertado entre nuestras pasiones y nuestra inteligencia pervertida. El edificio construido sin fundamento se desploma. Entonces el espíritu se revuelve en sus deseos victoriosamente contra la carne, comienza a hervir la materia azarosa al calor del Mandamiento, y la Naturaleza primitiva se dilata hasta romper el caparazón de la segunda naturaleza (21). *Los manantiales manaron*, dice el Salmo XVIII, 16, *y aparecieron los cimientos*. Son los corazones, de pronto en erupción. Es el sello de la *f fuente sellada*, ya en libertad. Es de pronto la pecadora, María Magdalena o Eva Lavallière, quien –conociéndose a sí misma– inunda con un torrente de lágrimas los pies de su Salvador. Muy bien entiende ahora la palabra que el Profeta mismo le dirige: *Te embriagaré con mis lágrimas*, *Hesebon* (Isaías, XVI, 9). Con pasión abraza la humildad, el radical aborrecimiento de sí misma, aquel *altar de tierra* donde Dios quiere ser honrado, según

nos lo enseña en el Éxodo (XX, 24), la tierra con que ella, la pecadora, ha sido amasada; ese puñado de cenizas que es lo único que le pertenece, lo único que podría dar. Y llorando entrega al Maestro la medalla del pecado, que ha decidido, por fin, arrancarse del cuello.

¿Es posible todavía seguir adelante? Esta permanencia en el fondo de nuestra alma, ¿no acarreará derivaciones en cierto sentido legales? Y cuando se apodera Dios de todo nuestro ser para *revestirle* a su modo, es decir, no por fuera, sino por dentro, ¿no aportará todos sus derechos y la plenitud de su herencia como Hijo coextensivo del Padre? ¿El hecho no impondrá el título? ¿El uso no implicará el derecho? ¿La inspiración no exigirá la respiración? ¿Dejará el Verbo de estar *en Dios* porque esté al mismo tiempo con nosotros? *Lo que he visto en mi Padre*, dice Juan (VIII, 38), *loquor, yo lo hablo*. A vosotros os toca obrar (22), os toca cumplir en el Tiempo lo que en el fondo de vosotros mismos Yo testimonio con palabras que no podrán pasar (Mateo, XXIV, 35). *Todo lo que os tengo dicho, el Espíritu Santo lo hará suyo y os lo recordará* (Juan, XIV, 26). Entre el Tiempo y la Causa, el Corazón de Jesús ¿no llegará a ser para nosotros el intérprete de la Eternidad y

el instrumento de nuestra resurrección, a cada instante renovada? Entre el Tiempo y la Eternidad, ¿no es Él la fuente de nuestra continuidad y el punto de apoyo ofrecido a nuestra resistencia? El Corazón de Jesús es la ribera y la roca a que se agarra el pueblo fiel cuando ha atravesado el mar de los elementos materiales y el río del Tiempo, *fluenta Jordanis* (23), que resguarda a la Tierra Prometida. El Corazón de Jesús es aquel *hombre nuevo* de que habla San Pablo, y que deberemos encarnar después de la inmersión del segundo bautismo. En suma, todo este aparato de los sentidos que nos sirve en nuestra vida externa y terrenal, y que a modo de técnica nos envuelve, ya no puede servirnos tal como está en el lugar adonde vamos. Hay que cambiar de traje. Hay que ponerse otro ajustado a nuestras relaciones, el *traje nupcial* de la Parábola. *Me despojé de mi túnica*, dice la Esposa del Cantar (V, 3); *¿cómo me vestiré con esta otra?* No es que perdiéramos nada; es que así nos completamos. No quiero que se me despoje, dice San Pablo, sino que se me recoja por encima. He aquí constituido *el hombre nuevo, este cuerpo mortal que, sin embargo, se ha revestido de Inmortalidad* (I Corintios, XV, 54).

Es lo que sugiere la parábola de Isaac y sus dos

hijos como explicación legítima entre sus varias explicaciones (Génesis, XXVII). Jacob, el suplantador, es el Ladrón divino y nuestro secreto consocio, posterior en el hecho, anterior en el derecho. Cuando el padre dice: *Hijo mío*, Él es quien se encarga de responder en nosotros: *Adsum*. Él es quien se cubre el cuerpo con la envoltura de un cabrito degollado (24) para recobrar, engañando al Padre, incapaz de ver y ya sólo capaz de palpar (25), el derecho de primogenitura que Satán el Bermejo ha dejado arrebatarse en el principio de las Vías. *Las manos, las manos*, dice dos veces el Patriarca, *son de Esaú, pero la voz, la voz es de Jacob*. Voz en que el Patriarca discierne un eco de la de Abel. Voz que es el órgano del Verbo. *Suene en mis oídos tu voz*, dice la Esposa del Cantar, *porque es dulce para mí* (II, 14). La voz de esa concepción en nosotros que la virtud del Altísimo ha cubierto con su sombra (Lucas, I, 35). *Porque a la sombra del que mi corazón deseaba, me senté* (Cantar, II, 3).

Anímate, pues, alma usurpadora pensando que debes entenderte con un Dios a quien no deja ver claro su bondad. Toda la Biblia está poblada de Patriarcas ciegos, y sin duda alguna la noticia de la ceguera paterna repuso en el camino de su casa al Hijo Pródigo. Demasiado sabemos que cuando nos

refugiemos en sus brazos, sus ojos ya no podrán servirle sino para llorar. Si los párpados cerrados no son suficientes, la Verónica los cubrirá con el velo y el soldado del pretorio con la venda. (Sin esta venda, el cetro, la corona y el manto de púrpura sólo habrían servido para intimidarnos.) El Padre no reconoce su obra con los ojos, sino por el tacto (26) (*Intuctor cor*, I Reyes, XVI, 7), y sólo al corazón pide el secreto de nuestra ascendencia. Para conocer nuestro olor nos husmea; y si no es el de las buenas acciones y el de aquel *agri pleni* (Génesis, XXVII, 27), cuyos frutos espera de nosotros, será por lo menos la fragancia irresistible del incienso en que nos había sumido nuestra profesión cristiana. *El olor de tus vestidos*, dice el Cantar (IV, 11), *es como olor de incienso*. Entonces conoceremos con Él tinieblas tan grandes que la Escritura no encuentra mejor símil para explicárnoslas que la luz de Mediodía. *Irás a tientas*, dice el Deuteronomio, *en la luz de Mediodía como van los ciegos*. Y también Isaías (XVI, 3): *Planta como la noche tu sombra en pleno Mediodía*. *Dime*, dice el Cantar (I, 6), *dónde tienes el sesteadero en el eterno Mediodía*. A semejanza de los Libros Sagrados, San Dionisio no designa las tinieblas mediante una privación y un plural, sino con un nombre, positivo

en cierto modo: *Caligo – gnophos – araphel*, convertido al parecer en instrumento de nuestra sabiduría cuando dice que por emisión viene hacia nosotros un *caliginis divinae radius*: emisión de silencio, dardo de noche. *Semitam meam circumsepsit* (27), dice Job (XIX, 8). *El Señor ha obstruído mi senda, y no hallo por dónde salir*, he dejado de estar sujeto a esta condición transitoria, *y por mi camino esparció tinieblas*. ¿No es *ese camino, ese sendero* lo que Jesús nos muestra cuando dice: *Yo soy la Vía...?* Así es la sagrada Tiniebla que sumergió a Moisés en el Sinaí, y de la que nos dice el Salmo XVII, 12, *que está en su contorno y por él establecida como su pabellón (latibulum)*. Este punto negro en el centro del ojo es lo que le permite ver cuando pedimos a Dios *que la pupila de su ojo para nosotros no se calle* (Trenos, II, 18) (28).

Las tinieblas son la abolición del límite. En nuestras relaciones con Dios nos hace falta algo más esencial que los sentidos o que las facultades del espíritu. Todas las obras que Dios ha hecho no nos sirven más que para alimentar nuestro culto con una letanía inagotable de negaciones. Para nombrar a Dios, para dar cumplimiento a ese nombre, esencial en nosotros, cuya articulación constituye nuestro profundo deber, es preciso que prestemos a la

justicia la ayuda de nuestra ceguera y a la operación en nosotros del soplo divino la ayuda de nuestra ignorancia. Para conocer al Ser, tenemos que situar con Él a nuestro ser propio en una relación anterior a la mañana, *ante luciferum*. Estamos definitivamente en el presente. Realizamos nuestra fórmula. Todo llega a ser en nosotros simultáneo, transcrito de una vez para siempre el *azul* de la Eternidad. Nupcialmente nos hemos entregado. La visión nueva se reduce al desarrollo de esta bienaventurada noche – en nosotros – de la Fe. El alma entonces, poniéndose a escuchar y olvidando los muros de su mansión (29), oirá la palabra que le fué prometida: *Sponsabo te in sempiternum* (30).

PAUL CLAUDEL

Traducción de JORGE GUILLÉN.

- (1) Una especie de respirexpiración. El Ser, la Palabra y la Vida.
- (2) *Ne vagari incipiam post greges* (Cantar, 1, 6).
- (3) *Tertiam proprietatem scintillam animae appellat quae est animae naturalis quaedam introrsus in suam originem propensio* (Ruysbroek, in Spec., Div. Ver.).
- (4) *Viderunt te aquae, Domine, viderunt te aquae* (Salmo LXXVI, 17).
- (5) *Desembragar*, tr. Mec. Desprender del eje motor un mecanismo. (Academia Española.—Diccionario de la Lengua Española.)
- (6) Es lo indicado por el cuarto Mandamiento, que estipula: Ningún trabajo harás en el día del sábado, ni tú... ni el extranjero que habita dentro de tus puertas (Éxodo, XX, 10). Este extranjero representa las agitaciones exteriores que guardamos en el fondo de nuestra memoria.
- (7) En el Rosario pueden hacer pensar los cincuenta anillos (*circuli*) de oro que servían para colgar las cortinas del tabernáculo, *qui morderent cortinarum ansas et fieret unum tabernaculum* (Éxodo, XXXVI, 13). Las dos cadenas *de oro purísimo* que sostenían el racional sobre el pecho del Gran Sacerdote parecen ser más bien una imagen de los dos Testamentos con sus textos entrelazados. En la Edad Media, los libros compuestos enteramente de citas de la Escritura eran denominados *catenae*. Tal vez sea el Rosario, en la mano del Ángel del Apocalipsis (XXI, 1), lo que encadena al Dragón por mil años, *catenam magnam*.

- (8) No faltará quien me pregunte: ¿para qué hablar de cosas que se hallan, según usted mismo confiesa, más allá de su experiencia o su comprensión? A lo que responderé: 1.º Aquí no hay nada de mi cosecha. Yo me limito a redactar y compaginar las indicaciones de la Biblia, los Santos Padres y los místicos, cuyos testimonios tan admirablemente concuerdan; 2.º El cristianismo no es una doctrina esotérica. Nada hay en él reservado a la minoría. Todo es de todos. Por eso vemos cómo los santos procuran ponerse al alcance de los más humildes y facilitarles el camino que ellos recorrieron con fortuna. ¿Puede haber algo censurable en el intento de secundar su empresa?; 3.º La gran necesidad del hombre moderno es la plegeria, la vida interior, la reanudación a todo trance de las relaciones con la Divinidad. Todos nos morimos de hambre y sed. Ahora bien, en la vida interior no hay compartimientos estancos. Todo se mantiene junto. El cristiano más mediocre participa de la atmósfera que respiran un San Bernardo y un San Juan de la Cruz. Con sus virtudes y su contemplación se siente en solidaridad acogándose al dogma de la Comunión de los Santos. No se trata aquí de ciencia humana, sino del total o parcial asentimiento a un amor y a una luz. Aunque no podamos seguir a Santa Teresa, un secreto sobresalto nos advierte que estamos en comunicación con ella, más adelantada en un territorio también nuestro. Tenemos el derecho y el deber de aprovecharnos de los Santos, de no dejarlos solos, de utilizar sus exploraciones y descubrimientos, de seguirlos con la inteligencia y el afán si no podemos ir tras ellos de otro modo. Para penetrar en la vida interior no podemos quedarnos con los ojos fijos en nuestros propios pies. Tengamos bien

presente todo el horizonte con los sucesivos planos a que pone término. Y no perdamos de vista la estrella.

- (9) *Si ergo lumen quod in te est tenebrae sunt* (Mateo, VI, 23). *Lumen refulsit in habitaculo* (Hechos, XII, 7). *Educet quasi lumen justitiam tuam* (Salmo XXXVI, 6). *De tenebris vocavit nos in admirabile lumen suum* (I Pedro, II, 9). *Signatum est super nos lumen vultus tuis* (Salmo IV, 7). *Exortum est in tenebris lumen rectis* (Salmo CXI, 4). *Qui et producit in lucem umbram mortis* (Job, XII, 22). *Ego Deus formans lucem, creans tenebras* (Isaías, XLV, 7).
- (10) A este propósito recuerdo un texto de los Salmos: *Sicut crasitudo terrae erupta est super terram, dissipata sunt ossa nostrá secum infernum* (Salmo CXL, 7). La tierra crasa es el caparazón rígido y mineral de la mala costumbre en que el pecado nos petrifica, convirtiendo en grotescos ídolos a los hijos de Dios. A estas máscaras duras hace estallar el trabajo de la Gracia, calentando y dilatando nuestro líquido interior hasta dislocar nuestros huesos y recoger toda nuestra arquitectura. ¿No se ha dicho de Dios que su celo es tan duro como el Infierno? (Cantar, VIII, 6.) Celo, en latín, *aemulatio*.
- (11) *Maldito sea quien confía en el hombre... Porque vivirá en la sequedad del desierto, en tierra preñada de sal, inhabitable* (Jeremías, XVII, 5-6).
- (12) *Statuisti in loco spatioso pedes meos* (Salmo XXX, 9).
- (13) *Omnis adeps erit Domini jure perpetuo* (Levítico, III, 16).
- (14) *Qui sapit Domino sapit, et qui manducat Domino manducat* (Romanos, XIV, 16).
- (15) *Et fecerunt subcinericios panes azymos* (Éxodo, XII, 30).
- (16) *Dicunt: Exinanite, exinanite usque ad fundamentum in ea* (Salmo CXXXVI, 7).

- (17) Este versículo henchido de misterios implica naturalmente otras significaciones.
- (18) *Fundasti terram super stabilitatem suam* (Salmo CIII, 5). *Substantia mea tanquam nihilum ante te* (Salmo XXXVIII, 6). *Appendit terram super nihilum* (Job, XXVI, 7). *Substantia mea apud te est* (Salmo XXXVIII, 8).
- (19) *Ecce fundabo te in sapphiris* (Isaías, LIV, 11).
- (20) *Quidquid primum erumpit e vulva tui juris erit* (Números, XVIII, 15).
- (21) *Erumpit quasi mane lumen tuum* (Isaías, LVIII, 8).
- (22) Ahora os toca a vosotros llevar a cabo las obras que por vosotros hablen. *Dico Ego opera mea Regi* (Salmo XLIV, 2). *Omnia opera nostra operatus es in nobis* (Isaías, XXVI, 12).
- (23) *Transi terram tuam quasi flumen, filia maris* (Isaías, XXIII, 10).
- (24) *Ved ahí a Adán que se ha hecho como uno de nosotros* (Génesis, III, 22). Se trata de Adán y Eva expulsados del Paraíso, a quienes misteriosamente viste Dios mismo con túnicas de pieles.—¿De dónde procederían aquellos vestidos sino de animales muertos? Y si muertos, ¿cómo? La terrible visitante no había penetrado todavía en el Paraíso.—Aquí empieza el misterio. Sabiendo Adán que Cristo le sustituiría en la expiación del pecado, se sustituyó a sí mismo, quizá por orden de Dios, mediante un esbozo representativo del sacrificio futuro: un cordero, dice Orígenes, que inmoló a Dios, y cuyo vellón le sirvió para taparse el cuerpo, figurando así a Cristo, nuestra víctima, nuestro rescate, quien se ofrecería a revestirnos con sus méritos y su justicia después de haber asumido la semejanza de *la carne pecadora*. Por eso se representa al Redentor como *Cordero in-*

- molado desde el principio del mundo* (San Agustín, Enchir.)
- (25) Inaccesible para nuestra vista, pero no para nuestro contacto.
- (26) *Quotquot tangebatur eum salvi fiebant* (Marcos, VI, 56).
Accede, Esther, et tange sceptrum (Ester, XV, 14).
Sanctum qui tangit illud sanctificabitur (Exodo, XXIX, 37).
- (27) Cf. Isaías, LVIII, 13: *Aedificator sepium*.
- (28) *Abscondes eos in abscondito faciei tuae* (Salmo XXX, 21).
 Misterio a la vez que evidencia.

Jesús clava en mí de continuo su distinta mirada: mirada espiritual, dolorosa, inmutable, que, ahogada por las sombras de la muerte, se hunde profundamente en mi alma. Y yo, no pudiendo distraerme, sostengo esa mirada horriblemente triste que da paso a todo un mundo de congoja y de amor. Y sus ojos me reiteran nuestra unión: lo que la unión espera de mí y lo que me impone. Los esposos se comprenden cuando se interrogan sólo con la mirada. (*Relation de la Sœur Franciscaine Allemande Marie-Fidèle*, Desclée, de Brouwer et Cie., 1932, p. 250.)

Jesús me arrebató todo lo mío, y colocó en su lugar todo lo suyo de modo tan perfecto que ya no conservaba, a mi parecer, existencia propia. Y me sentí henchida de sus sentimientos, de su espíritu, de su amor a las almas, de su celo por la gloria de Dios. Me *revestí*, en una palabra, con su ser. (*Ibid.*, p. 246.)

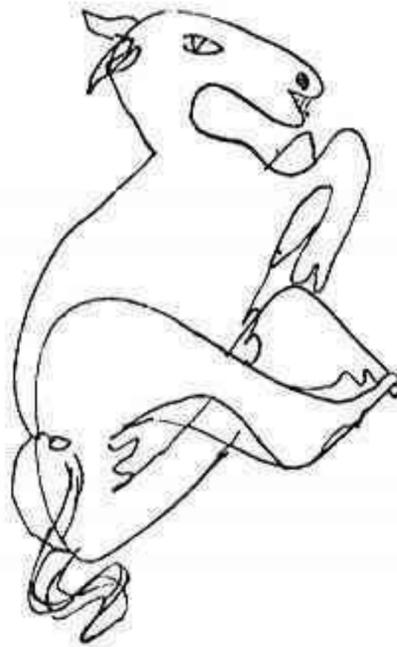
Por estado y por gracia de filiación y adopción divina, estando justificados vivimos de la vida y el espíritu de Dios, que es nuestra vida y nuestro espíritu: vida y espíritu que nos gobierna, nos vivifica y es el principio de nuestros actos. La vida cristiana es una vida superior a todas las vidas y una esencia superior a todas las esencias. Como el ser del cristiano (y su excelencia) consiste en que es miembro de Jesucristo, la perfección de las acciones cristianas (su naturaleza misma) debe consistir en que las opere Jesucristo, vivo y operante en nosotros como en sus propios miembros. (Hugues Quarré, *Trésor Spirituel*, ap. Brémond, tomo IX.)

Vuestras tinieblas llegarán a ser como el sol naciente
 (Isaías, LVIII, 10).

*Educet quasi lumen justitiam tuam, et iudicium tuum
tamquam meridiem. (Salmo XXXVI, 6).*

(29) Salmo XLIV, 11.

(30) Oseas, II, 19, 21: *Sponsabo te in fide. Sponsabo te in ius-
titia et iudicio.*



Elogio de Narciso

1

El artista sin tafetanes. – Soledad. – Duda y esterilización de lo fecundo.

2

Lo natural, concentrando lo extraordinario. – El amor que me tengo..., cuanto más acercado... – Distracción de narcisos y unificación de Narciso. – El verdadero hombre antes del mal.

3

La muerte, salida del vivir, entrada del perder, índice de la creación inmaterial. – Sinceridad de lo escondido, de lo olvidado para sí.

4

Apostillas contra el prestímano topical: Narciso, el loco y el héroe.

A Jean Cassou.

Punto de vista del Arte.

Este es Narciso, personaje calumniado. Toda una teoría ochocentista apoyada sobre él, en extravíos de frac rojo – *cangrejo* –, monocle y corsé. Era la estúpida y aprendida teoría del dandysmo, una cosa innata, pero estudiada y aplicadamente aplicada a un elemental producto humano capaz del cosmético, las bigoteras y el cuello de 0,15 centímetros, 0,15.

Se ha querido ver en este intruso – intruso en un ademán, en una ropa, en unos modales, en la ingenuidad de suponer que la influencia externa en cada uno trocaría en ideal la realidad cerril del grosero – un elemental, un típico Narciso. El punto de contacto único es el del espejo. He visto en mi niñez la reproducción de un cuadro, que debió de hacer fortuna, en el que un individuo perfectamente mefistofélico – rostro de seductor del XIX; y no le hay más diferente que el de Narciso, que tenía la faz no de cínico, sino de ingenuo; que aquélla es la de atrin-

cherarse sobre algo que, en el caso del caballerete de la pintura, no existía; y, en el del ingenuo, se esboza en promesa —, medias de seda, chistera, junco y cristal, en una posición más que inclinada, torcida, de paso de baile o reverencia chungona, se contempla en un espejo; y, naturalmente, se atusa con la diestra el complicado bigote. Este cuadro, que se podía titular llanamente *Antes del baile o Periquito sin ellas*, llevaba un título desconcertante y erróneo: *Narciso*. ¿*Narciso*, pensé yo desde mis pocos años, *y no Juan?* Juan, Don Juan, Juanito, era la única categoría que aceptaba entonces de seductor, de cínico, y, aunque a la estampa le sobrara sabor diabólico para representar a la castiza figura de nuestro Burlador; aunque la estupidez del rostro hiciese casi imposible localizar bajo él cualquier duda, cualquier anhelo religioso; aunque hubiese en todo él más de hombre a la deriva que de hombre derivador, mi complejidad era nula para apreciarlo. Mi instinto — que, tampoco, por niñez, encauzó el afán del cuadro por un camino antinormal, hacia un Antidonjuán, desde un *Juanitaay* — me llevó a la indagación. Y obtuve el primer resultado lapidario y distanciado de Narciso. ¿Error definitivo? Pienso que para muchas gentes, sí. (En estas breves notas no hago sino alegar algunas — ¡solamen-

te algunas! — características definitivas del nunca definitivo, mientras en vida, Narciso.)

Y pienso: *El hombre del cuadro, ¿se estaría mirando en él con ojos de mujer—que es lo más probable—, o se miraría como a una mujer—difícil—, o como con mujeres a cada lado—demasiado falso e imaginativo—, o, pérdida de sexo de la estética, podía esta satisfacción dejarle mirarse «de hombre a hombre», con esa mirada andrógina que se reserva al espejo y que hace posible el asombro ante uno mismo, por la diferencia del «no sabes en qué pienso, pero sabes con qué pienso» —inexplicable—?*

Este es todo el problema de nuestro Hombre. Desde luego, acaba de perder ante nosotros sus adnículos suntuarios, para devenir matemáticamente desnudo. De un tirón se le arranca esa cara de *boudoir*, las guías endurecidas, el barro en la faz: hombre nuevo, cara de niño. La habitación desaparece, surge el valle. El espejo cae, rumoroso, en fuente; marchándose, pero dejando a la figura quieta y en él. El cuadro, perfecto, dispuesto a comenzar.

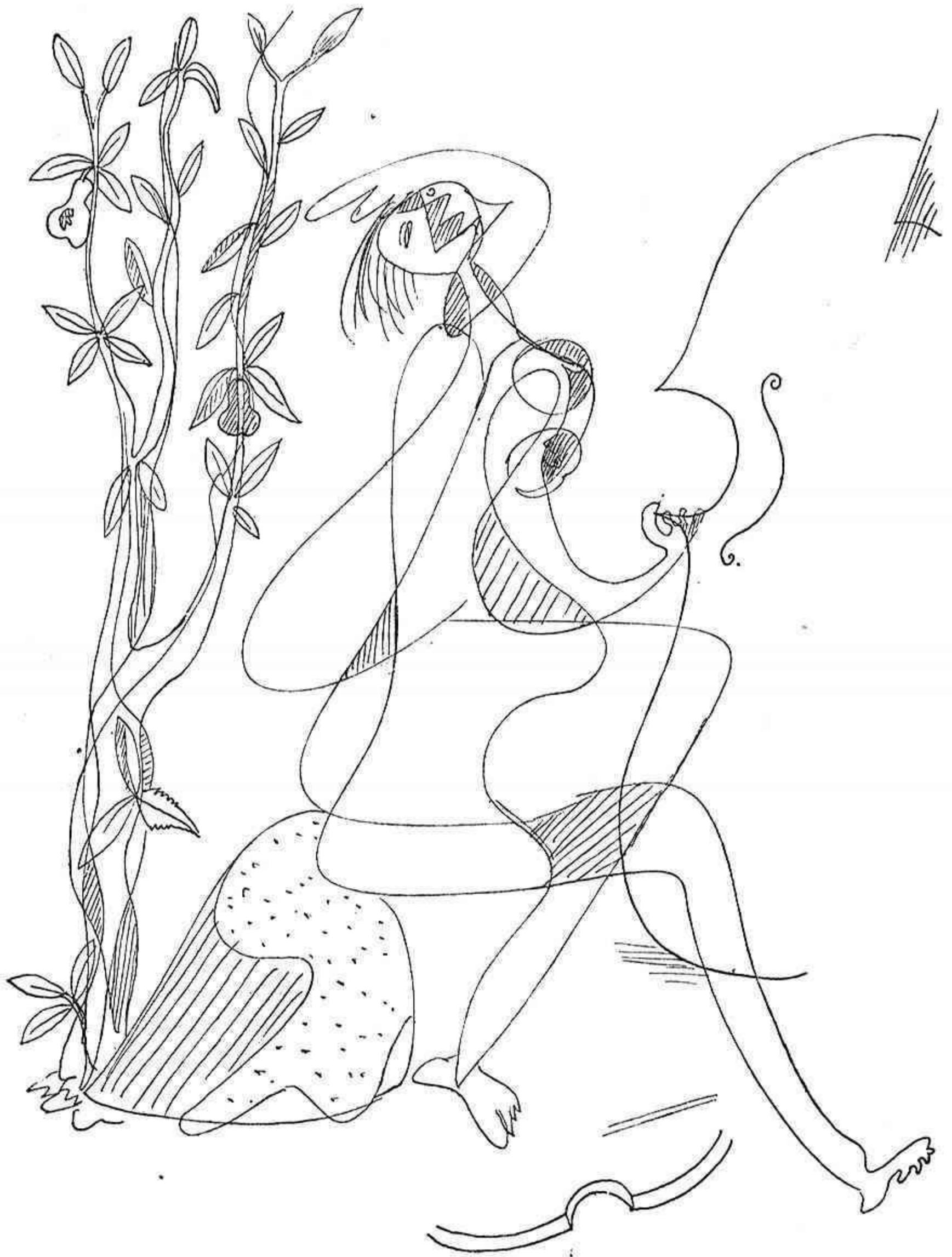
Y al punto de partida de que no se observe nadie si no es el que sale a su ventana abriéndola sobre la naturaleza, es opuesto el resultante de este mancebo abocado sobre sí mismo, que desprecia el cielo de su espalda, reflejado en las aguas igualmen-

te, para mirarse él solo; este hombre que mira, tenaz y chiquito, desde sus propios ojos también, con mitológica, microscópica, doliente obsesión.

*El que en tal fuente bebiere,
Sed jamás no sentirá,
Y con agua lavará
Cuantas mancillas tuviere,*

dice nuestra vieja farsa sacramental *La Fuente de la Gracia*. Pero esta de mis pecados es la fuente de la desgracia, con exactitud. Aquí se bebe uno a sí mismo—y se besa, a un tiempo—, y más sed siente cada vez quien tal hace, no por besarse, pero por beberse. *Y con agua lavará...* ¿Qué mancillas son esas de que nos habla el auto? Faltas humanas, errores rectificables. Pero Narciso, ¿qué mancilló él, a quién ofendió, si ese quién, si ese qué, para él no tienen existencia, si el único qué y quién los busca—sin saber si va a hallarlos—en sí mismo? De las tres clases de pecados, ¿es pecado para consigo mismo el narcisismo? Este Hombre es nada menos que un caso de incapacidad para el mal.

Como incapaz para el mal ha de ser todo artista. (Aunque debe tener malos instintos; pero tener malos instintos no es hacer el mal; que, justamente, el artista, como humano, no *hace*.) El artista, como



hombre y como profesional—perdón—, aun en su misma y grandiosa inconsciencia, es Narciso. Es decir, no se pierde, aun en los casos más típicos de objetividad o de reacción inestudiada; no se pierde, digo, en la naturaleza sino muy hasta cierto punto. Hasta ese cierto punto del cómo no era probable que se contemplase el complicadamente simple caballero de la chistera en la luna de su espejo. Con la mirada sin sexo—más: intersexual—del que se asombra de sí mismo; con complacencia, con vanidad, con rubor (características femeninas); con orgullo, con satisfacción, con imaginación (tópicos varoniles, incluso la imaginación; porque el hombre *de una pieza* es un macho). Queda planteado en mis apuntes—glosas, lo repito, incompletas—el Narciso artista que me interesa modestamente. Y parto de la premisa indispensable: el arte, estado intersexual (1).

Trabajo interior de Narciso. Hombría sin mujer.

Naturalmente que el principio del arte—un principio no lejano, como puede suponerse, sino adversario, punto capital de la reacción deshumanizadora—es la naturaleza. Subrayo que ni indico *está en la naturaleza*, no; *es* ella misma. Las enfermedades,

los atavismos, las deformaciones en la facultad sensorial del sujeto de esta expresión, son puramente naturales. *Creador de belleza...*; esto es, en cierto sentido, un mejorador de lo que le influye — porque la naturaleza hace responder indiscutiblemente, en una orientación favorable —, tiene, si no de creador, mucho de trastocador del orden natural de cosas, siempre desde un punto de vista primitivo. (Lo feo es un producto de la civilización.) Aunque a primera ojeada son dos las maneras cómo le consideramos capaz de llegar a su orden poético, el artista dispone sólo de una senda de sinceridad; es así: tal como él es, inevitablemente. Hablé antes del hombre objetivista que va a las cosas, en lugar de traérselas a sí; pero ya insinué cómo creo que va a encontrarse en ellas. Es, en todo caso, un hombre más amplio, más variable que el recoleto artista ineducado; abarca más, por una serie de circunstancias externas — optimismo de trato, *meridionalismo*, etc. —, que no son ya artísticas, sino puramente anecdotarias. Suele producirse así el artista mayoritario, injerto en hombre público, en orador, en comediógrafo quizá. El que a mí me interesa ahora es el otro, el hombre hacia adentro, de la genealogía del lírico. Acostumbra a ser hombre de imaginación torturada, a fuerza de reposar su hu-

manidad sobre ella; capaz de la única dimensión de lo hondo. (En palabras tuyas: afilado, delgado, certero, fino, filo, tallo... conceptos, sugerencias de una sola dimensión.) He aquí a Narciso. Entre la enfermedad de irse dejando y la de irse recogiendo, optó por esta última, monstruosamente divina. Pulsar muchos hilos, tirar de todos. Por su carácter, inevitablemente carnal y sensitivo, traduce su alma a su vida – nunca a su cuerpo, como pretende el mito – y se enamora de ella, obrero de sí propio, arrastrando su pesar a su ser.

Corro, porque he dicho *se enamora*, a atar mis cabos. No quiero, en modo alguno, al hablar de esa palabra *amor*, que es una palabra total – se quiere o no se quiere, sin terminos medios; otra cosa es *acostumbrarse, sudar juntos, hallarse simpáticos* –, confundirla con *atontamiento o embaucamiento*. El amor, si no es un elemento de juicio, dista mucho de ser una complacencia peyorativa. Cuando verdaderamente se quiere a una persona, se intenta absorberla en un crisol de igualdad interior. De ese amor de que hablo nace la confianza, confianza – o co-fianza, fianza mutua (de sí mismos) –, el seguir juntos el mismo arco de vida, encauzarse complementariamente. La otra manera, confundida cotidianamente con ese sentimiento, es, mejor, anhelo

juvenil—de juventud o no, pero juvenil—, sin aplicación inmediata, que lo mismo puede degenerar en besar a una muchacha y hacer literatura con puntos suspensivos, que en dedicarse a un propósito artístico o financiero que embargue por completo nuestra actividad. No es que crea yo en la posibilidad de acorralar las facultades volitivas; pero sí en que el hombre no quiere si no piensa—cada cual en su dimensión, claro—, y que la pasión no es amor, sino precisamente pasión, cosa que pasa, incapaz de llenar una vida como la llena el amor; el amor a las matemáticas, verbigracia.

En esta encrucijada de *autoamor* topamos con Narciso. Y alguien—ese alguien imaginario contra el que dirigimos todas las demostraciones—preguntará: ¿existe tal ser? Vayamos por partes. La Historia—la desacreditada Historia—ha pasado por alto o, cuando más, ha rozado sin enterarse (o despidiendo, que es peor) muchos casos de narcisismo. Lo hay político, religioso, artístico. Pero sólo me interesa detenerme en casos escritos, aductibles, vivos en espíritu por su influencia—más lejana, pero más inmediata—sobre los temperamentos. (Incuestionablemente, la influencia es de decisión sólo, no de rumbo. Este es un elogio de Narciso; pero un elogio de *mi* Narciso, de la parte que es en mí él;

del Hombre de sí que todos llevamos dentro. El punto esencial de mis notas es este: no puedo, al hablar yo en Narciso, *al prepararme a comprenderle*, decir: le admiro; porque entonces dejaría de ser Narciso yo – en este admirar hay mucho de amor y la posición de nuestro hombre, absorto en sí, es la de la indiferencia –; debo limitarme a indicar: éste es también mi caso, que trato de explicaros comprensiblemente; os muestro mi ser porque coincido con el de él, para daros un ejemplo cercano, un documento, un diagnóstico de Narciso.) ¿Un caso escrito? Este es de un autoenamorado que se avergonzó *ante su mismo amor*, ante él, de serlo, que no se lo confesó nunca. *He aquí por qué la ciencia no hace hombres, sino entidades y abstracciones. ¡Ah! ¡Sintamos, vivamos y no analicemos de continuo! Seamos ingenuos antes de ser reflexivos. Probemos antes de estudiar. Dejémonos ir hacia la vida... ¿No tendré yo nunca un corazón de mujer para apoyarme en él? ¿Un hijo en quien revivir, un pequeño mundo en el que pueda yo dejar florecer todo lo que oculto en mí? Retrocedo y dudo, temeroso de hacer pedazos mi ensueño; tanto he puesto en esa carta que no me atrevo a jugarla. ¡Soñemos aún!...*

... Que en ti la naturaleza se eleve hasta el espíritu, y que el espíritu llegue a ser naturaleza.



Ni es preciso analizar punto a punto estos párrafos de Amiel. ¿Hay inciso más falso en toda su obra—en toda su vida—que ese mentiroso *un hijo en quien revivir, un pequeño mundo en el que pueda yo dejar florecer todo lo que oculto en mí?* ¡Meterse dentro del hijo, perder su cuerpo, pero salvarse en el del joven es lo que querría Amiel, para obligar a este cuerpo, al no ser *el suyo*, a no ser *su amor*, a lanzarse afuera como no pudo con el de él, a pesar de no ser su amor embaucamiento ni arrobo! Y no pudo con el suyo por su vergüenza, por su no confesarse que lo era todo su vida propia, para él mismo. Esta fué la debilidad—que no fué *suya*—que le impusieron los demás, más fuertes, vitalmente, que él.

Byron es otro caso especialísimo de narcisismo. Byron, fundamentalmente, era una mujer. Las relaciones de nuestro Hombre con la Mujer—con una mayúscula de narcisismo femenino—eran imposibles; con todas mujeres, desorientadas. Byron, mujer en todas sus pasioncillas menudas, resquemores, donjuanismo exhibicionista y superficial, era una especie de grofa en masculino. No hay en él el detalle dominante, de imposición, sino el detalle seductor, sinuoso, débil. Molicie y mentira, sobre todo; y huída desordenada: todo un carácter feme-

nino. Pues bien, Byron se busca, enamorado de sí mismo, en las mujeres; busca su *espejo*, el que le dé perfecta la imagen, hasta en una Fornarina, cualquiera panadera veneciana; y, tan Narciso como el ginebrino, pero con la olímpica y feliz inconsciencia del temperamental consentido, no parece, ebrio, darse cuenta de ello. No reproduzco, por espléndidamente insinceras, ninguna de las frases en que envolvió Byron a las mujeres. No las comprendió nunca, porque – en su aureola, en su seducción – no tuvo que preocuparse nunca de comprenderlas. Por otra parte, el Lord era un humorista salvajemente refinado.

*They are right; for man, to man so oft unjust,
Is alway so to women; one sole bond
Awaits them, treachery is all their trust...* (2)

Siempre el engaño, el muy galante engaño. Él mismo afirma no creer en el hombre solo, en el puro hombre solo. *Dos o tres son bien poco, «uno» parece nada – seems nothing* (3) –, en una negación absoluta de sí mismo, comprensible en un orgullo a lo divino, atribuído a su condición poética; o por un olvido de él, no difícil en un carnal – que llegó al desprecio de su masculinidad, precisamente. Pero, por el contrario, la labor de Narciso es su interior;

de él es de donde surge, y no de su carne, su repugnancia a la mujer. La imaginación torturada de este artista interior le lleva a cada uno de los personajes que recrea. Creo yo que el repeler a la mujer es un rasgo, en un hombre-artista *interior*, absolutamente masculino. El proceso es este. De la tortura constructora, a la adaptación. De la adaptación, al asco, al reaccionar. Es frecuente oír: *¡Haz..., si eres hombre! ¡Si eres hombre, prueba a...!* Y a este hombre con la sangre en vida, a este hombre con el dolor y el gozo de serlo, ¿no se le ha de permitir plantearse la obligación: *si eres hombre, dedícate a ser hombre?*

En un bellísimo párrafo de las *Metamorfosis* describe Ovidio el primer punto de encuentro de Narciso con Eco, castigada ya por Némesis a repetir siempre las palabras de los demás, sin hablar jamás por su cuenta. Narciso se ha extraviado de sus compañeros; Eco, prendada de él, le espía entre malezas. El llama a sus amigos.

«¿Hay alguien donde estoy yo?» «Yo», respondió Eco. Lleno de estupor, pasea sus miradas por todas partes. «Ven», grita a pleno pulmón; a su llamada opone ella otra llamada. El se vuelve y, no viendo a nadie, «¿por qué—dice—me huyes?» Recoge tantas palabras cuantas ha pronunciado. Insiste e, impaciencado por la voz que parece alternar con la suya:

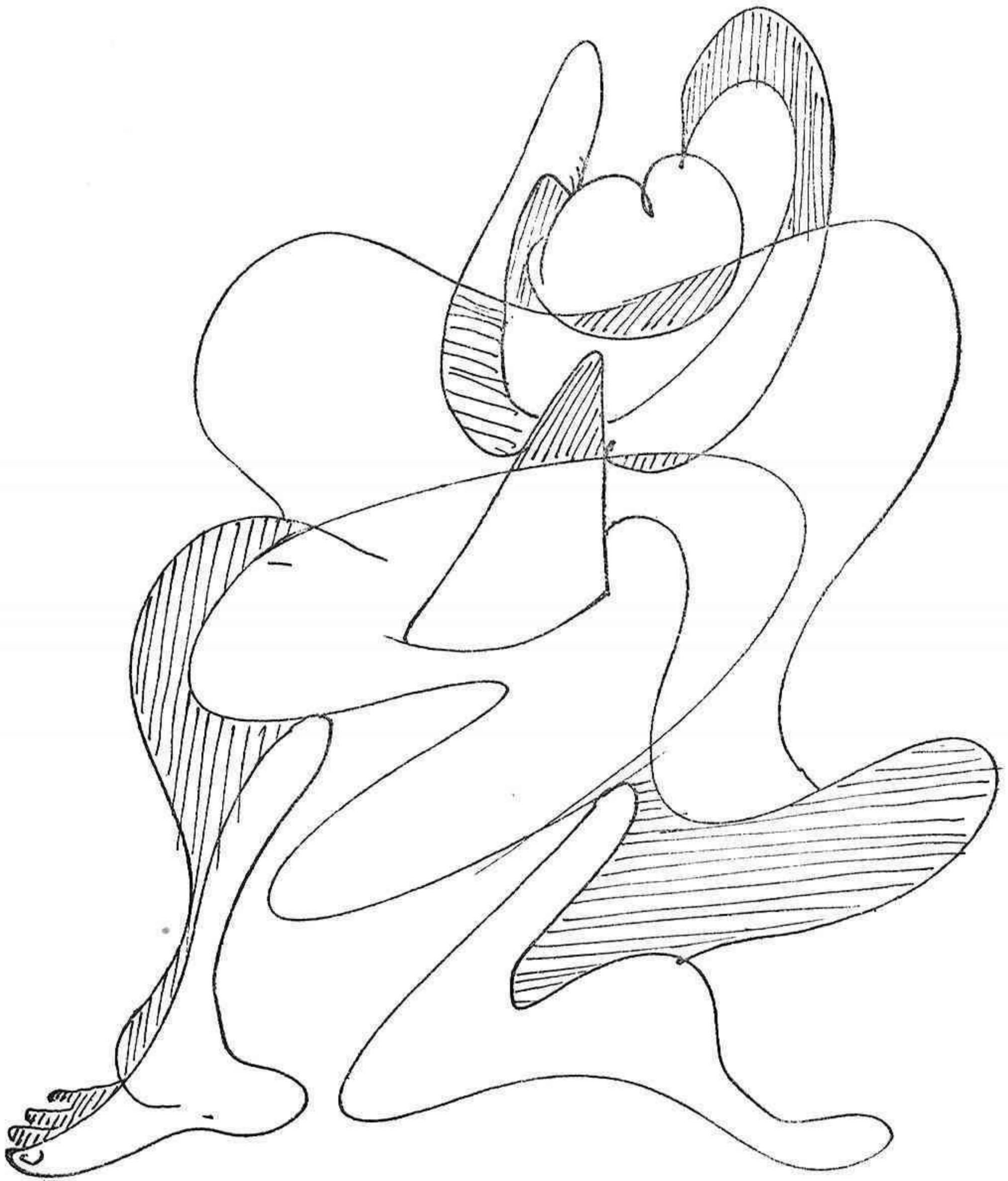
«¡aquí!—repite—. Juntémonos.» No había palabra a la que Eco pudiese responder más placenteramente. «Juntémonos»—imita—y, encantada con lo que ha dicho, sale del bosque y quiere echar sus brazos en torno al cuello tan deseado. Narciso huye y, siempre huyendo: «retira esas manos que me oprimen—clama—; ¡antes morir que abandonarme a ti!» Ella no repitió sino estas palabras: «¡abandonarme a ti!»

Un carácter último tiene esta hombría de Narciso. La hombría no se logra del contraste, del tropiezo de mujer y varón. De ahí puede surgir—de hecho surge, en nuestra raza cálida y fervorosa—, la machez. Este distintivo sí es definidor y caracterizador de la íntegra arquitectura masculina. Se acerca, como he dicho ya, al *de una pieza* odioso. El cubileteo sangriento de la duda, del ser y el no ser, del fin y el principio, no existen bajo la callosidad del *yo diferente de...*, que es absolutamente negativo; un *yo* en la oposición. El *yo independiente de...* es la magnífica afirmación—yo gubernamental—, capaz de su trabajo interior. Yo dubitativo, pero lanzado—imposiblemente, pero infinitamente—en pos de su verdad.

El susto, la huída del Narciso ingenuo de Ovidio, es un susto previo, de no probar siquiera, de preocupación. No es demasiado difícil hallar hombres

como los que sueñan las mujeres; lo que es casi imposible es hallar mujeres como las que sueñan los hombres. Hay una razón capital: la mujer arranca de la realidad—el carácter esencial de ella, pasiva, es este: *se conforma*—, y con su bondad—negativa: *no maldad*—idealiza. Opuestamente, parte el varón de un ideal que pretende, quiméricamente, realizar. Esto es natural, animal, si se observa el fin corriente de la vida de la mujer, que reflejo, y el de la del varón, en la que cabe la independencia. Distribúyase un porcentaje de finura, egoísmo, conservadurismo, etc., en la forma que todos prevén y, en el fondo, no será difícil la coincidencia en señalar unas cantidades aproximadas—mayor y menor grado—a la mujer y al varón. Que tiene mucha más capacidad imaginativa, eso sí (4).

Por otra parte, me parece, en mí, antinomia recurrir a la prosa medular de Jung, pero... *En el estado afectivo el yo no vive libre, sino oprimido, impedido por un curso obligado. En cambio, el estado normal se ha de entender como un estado de libre elección, de libre disponibilidad. En otras palabras: el estado afectivo es improblemático; el estado normal es problemático, es decir, existe el problema y la posibilidad de elegir. En este último estado cabe una inteligencia, porque únicamente en él se presenta*



la posibilidad de conocer los motivos y de conocerse a sí mismo. Para el conocimiento es indispensable la diferenciación. Ahora bien; discriminación significa escisión de los contenidos de la conciencia en funciones diferenciables (5). He aquí que, sin estar conforme con la primera parte de este postulado – como ya se vió –, lo reproduzco íntegro, para subrayar el que desde diferente punto de partida se llegue al mismo final: necesidad de conocer; a Jung me remito. Conoció – una vez – Amiel, y huyó toda su vida de la experiencia. ¿Por qué? En un grupo masculino podremos diferenciar siempre: un hombre, un hombre, un hombre... separados; en uno femenino, deberemos decir – sinceramente, concienzudamente – x mujeres... No pueden, a fuerza de ser mujeres – antes que personas – entre ellas mismas, ofrecer intimidad. (Este es el carácter femenino de Georges Gordon, como expuse antes.) Y Narciso es un hombre absolutamente íntimo. Un personaje teatral, investigador desconcertante, dice, un poco paralelamente, un tanto eco cientifista del humano Narciso:

*... Et toujours occupé, sans avoir rien à faire.
D'un travail sérieux veux-je me délasser,
Les muses aussitôt viennent m'y caresser.*

*Je ne contracte point, grace à leur badinage,
D'un savant orgueilleux l'air farouche et sauvage.
J'ai mille courtisans rangés autour de moi:
Ma retraite est mon Louvre, et j'y commande en roi.
Mais je n'use qu'ici de mon pouvoir suprême.
Hors de mon cabinet je ne suis plus le même.
Dans l'autre appartement, toujours contrarié:
Ici je suis garçon: là je suis marié...
Marié... C'est en vain que l'on se fortifie,
Par le grave secours de la philosophie,
Contre un sexe charmant que l'on voudroit braver:
Au sein de la sagesse il sait nous captiver (6).*

Miedo, justificado, del más fuerte.

Narciso y el espejo de la muerte.

Este miedo de la vida, de la vida externa, es valor de la muerte, de la interna muerte, de la agonia. El Hombre se está siempre mirando en el espejo, amándose en él, amándose desde su muerte. Es decir, viéndose vivir, a través de ella. Es una futura mirada retrospectiva. Se destaca bien claro que el cielo que acarrea a su espalda, al derramar su imagen en el agua, queda imperceptible para Narciso. Ni siente su peso: el cielo ya estaba. El

azul del manantial lo justifica. Él no ha hecho, tendiéndose allí, sino despreciarlo—fin del río—para buscarse en el río él. *Quien me ayuda a acabar de morir, antes me quita muerte que me la da* (7), dicen las sabias palabras; es el *valor puro de la muerte*, prepararse desde el nacer para ella; verdadero *narcisismo* del señor del frac rojo, linda coquetería y trabajo diario para este momento de orto de *antes del baile* (*La danza de la muerte*). Entre muerte y muerte—nada y nada, corporalmente—, vida. Y tal vivir, ¿por qué así y no des-vivir? El coincidente sentido español de *gastarse* y *desgastarse*, o *gastar* y *desgastar*, es aplicable a esta circunferencia única que, lograda, juega a ocultarnos la dirección del trazo que la parió. Su vida—subida—, su des-vida—debida; y pagándose siempre—, mira hacia atrás y hacia adelante, creciéndose y perdiéndose; y cada día es más grande el agujero. ¿Para mirar? ¿Para mirar con qué, si el barro, por él mismo, desaparece?

Me interesaba llegar a este momento de la muerte de Narciso. A este momento en que mira la muerte cara a cara. Tanto, como que se está mirando a sí propio. *Ven, muerte, tan escondida...* ¿Ven, de dónde? ¿No la llevamos dentro cada cual? La posición es esta de mirarse al espejo o en el es-

pejo y decírselo uno mismo, boca a boca, corazón a corazón.

Narciso sabrá morir tan magníficamente que se hundirá en él mismo, hasta desaparecer del mundo –cristal– y de la muerte–cielo–. Le interesa la nada para conocerse, pues está seguro de llevarla él dentro. La abstracción del ideal Narciso la logra Wilde, por ejemplo, creando siempre la muerte en torno suyo. Juega consigo en su Narciso poemático. Mata la muerte de éste, se mata su futura muerte, porque Wilde fué siempre el Narciso del agua, reflejando a uno de carne desgano de sí mismo. Él, en cambio, sublime muerto toda su vida, tenía el gran afán de atraerse a ésta hacia su negación. La burla póstuma es la última estría del agua, en la muerte del Hombre. Es la burla del estanque:

Pero yo amaba a Narciso, porque, cuando se acostaba en mis ribas y bajaba sus ojos hacia mí, en el espejo de sus ojos yo admiraba la imagen de mi beldad (8).

Mata a la muerte: le quita *cuero*; que no era otro que el del muerto, que ella tomó como suyo. Así es siempre la figura inconfesada de la muerte, la del muerto.

Aquel que pronuncia una palabra pierde su fe (9), dijo el mismo Oscar Wilde. Pero, una palabra, una

palabra..., ¿qué palabra? Debía ser *la palabra*. Narciso fué el mejor creyente porque creyó que *todo* lo llevaba dentro. Esta palabra era, como todas, una convención, un algo, truco, para, con, de, en, por, sin, sobre... los demás. ¿Quiénes son *los demás*, para Narciso? Son unas vidas. ¿Sin vida? O sin muerte, que es lo mismo. Por lo menos, para él. ¿Los demás? ¿Además? ¿Los demás de quién? ¿Además de qué? Él tiene su promesa de verdad – que ni es promesa, que es camino – en su interior.

Narciso es el hombre que se puede querer sin androginia, con avidez, sin vergüenza. Un artista, un proveedor de arte, lanza etapas de su camino en forma de libros, piezas de música, cuadros. Esta variabilidad – a primera vista; en el fondo no lo es; es, a lo sumo, de *variaciones sobre un mismo tema* – da lo externo. El artista queda (o debería quedar). Y su obra total, la obra de descomposición que lleva dentro, dentro le queda, como un espejo. ¿Qué son esos resultantes del camino? El mismo espejo interior, que se le rompe en desahogos. Pero él seguirá siempre; y cada uno de los pedazos reflejará el mismo entero espejo, igual arte; toda la laboriosidad en cada labor. Ahí está el amor, en darse, en resultado del *querer* – afán –; entregarse..., en el caso actual, a sí mismo. También Cocteau ha sim-



bolizado en un espejo este darse – que es el principio de la muerte. En su *Orfeo*, en *Sang d'un poète*, donde desaparece absolutamente lo humano para pasar a la región de la nada. ¿Muerte? En el caso de esta cinta, muerte, pero la muerte primera, forjadora del nacimiento. (Nacimiento a-humano o des-humano, desde luego: principio de potencial artístico. Tenderá – ¡humanamente! – la obra de arte, entre las dos nadas, su vida; pero al hombre que la intentó le fué precisa primero la muerte *en el fondo del espejo*. Quizá el poema resultante, como aquel del constructor de este mito, deba también leerse *contra él...*)

*Deslinde final. Tres personajes
en busca de sí mismos.*

En este momento póstumo en que la explicación de *tomar la naturaleza* puede confundirse con la de *darse a ella*, porque es el amor a nuestro cuerpo amor a la natura también, me conviene diferenciar de un modo asaz primario y principal a Narciso del héroe y del loco, pues el calificativo de los dos se le ha aplicado, tan equivocadamente.

Los tres llegan a su especial ser desde la misma base de autoestudio. Narciso se quiere *tal como es* – aunque ya defendí el inconsciente principio esti-

mulante que encierra ese amor, como todo amor. El loco se quiere *tal como cree que es*. Y el héroe se quiere *como cree que debe ser*. (Hablo del héroe a punto de heroísmo; antes de que el heroísmo lo lleve a remolque.) El loco se quiere tal como se cree, porque él se cree a sí propio –narcisismo– y porque cree muy fielmente y muy razonadamente. Hace cuerda su locura a fuerza de razonarla, a fuerza de ser consecuente con ella. Por esa consecuencia se deduce que el loco no piensa *mal*, sino que piensa *diferente*. Es un mundo propio –narcisismo– y nuevo que establece para sus predicados. ¡Piensa! Existe y razona su existencia; la existencia que él se ha otorgado: es un Dios –reflejo–; una especie de astro sin luz propia, a quien se la presta su locura. Pero interesa primordialmente la agonía constante, la perdurable angustia, la inquietud del loco; es un Narciso sin espejo. Él no puede *comparar*; como Narciso, huye de la mujer por comparación, precisamente; porque él, ¿con quién se compara, si no se entiende con los demás? Se entiende con su propio ser –cada vez más– y cada vez más se va apartando, en esa cuerda consecuencia, en ese *ser un loco razonable*, del punto de partida de él –y de todos. Punto anterior, si lo *hubo*, a su deformación.

(Se quiere tal como se cree. En el caso típico de un Quijote, ejemplarmente, ese buen hidalgo sobre el que hace siglos se viene diciendo *la última palabra*—*¡hoy sale, hoy!*—supedita cuantas ventajas le ofrecen sus azares a la consecución de su obra de andante caballería. Huelga ya citarle en tal o cual paraje y pasaje. Es el sonsonete eterno de su obsesión el que se interpone, enfrente del escuderil empeño de canonjías del acomodaticio Sancho. *No*, piensa el caballero; *más alto es el empeño de mi linaje*. Que él se cree, anacrónicamente, en el de los Palmerines y Amadises y a ellos ajusta su hidalguía. En otro concepto, el loco, a fuer de juzgarse con elementos herméticos, únicos de él, y sin la malicia del roce humano, da el total admirativo de nobleza.)

El héroe es el loco del momento, la equivocación del orden, pero no de la continuidad; es error subsanable en el héroe mismo, aunque no—locura: idolificación—en los contempladores del hecho caótico. *Son los mártires los que hacen la fe; más bien que la fe, los mártires*, predicaba en una ocasión Unamuno (10). Y esta es la demostración de la necesidad de que desaparezca el héroe. De que nadie se quiera como cree que *debe ser*; por defensa, una vez más, de Narciso. El *debe ser* es un postulado ex-

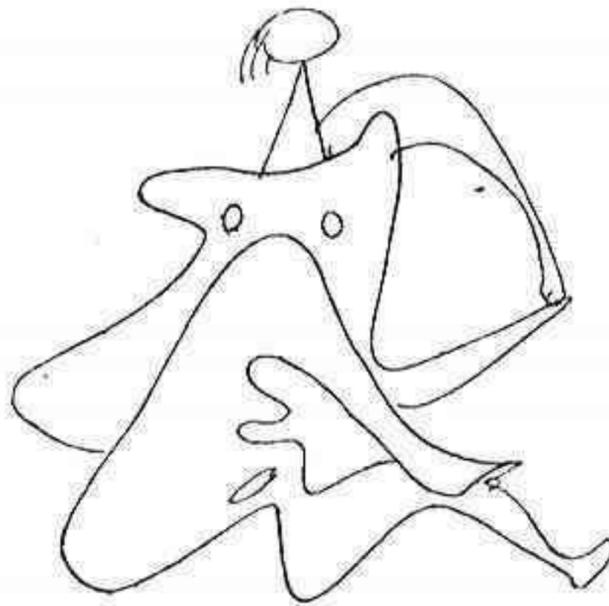
cesivamente imaginativo, fácil a rodar por la ilusión de una borrachera, más que por el ideal de una lucidez. Por otra afirmación, el héroe es un producto de un segundo de irresponsabilidad; obra sin pensar, *sin tener la culpa* de lo que hace – a diferencia, a oposición de nuestro Hombre. Siempre está el héroe por debajo de su heroísmo; se asombra, incluso él, de lo que se produjo, como se asombrarían muchos poetas muertos de las interpretaciones de su obra; vive ya siempre a lomos de su heroísmo, comiendo de él, deformándolo, adaptándolo a sus traspies, a su estado de ánimo, a sus oyentes. Es un gorrón, si sobrevive, de un acto en el que sólo fué grano de arena. Por otra parte, nunca es justificable ese estado de *no pensar*, generador de la epopeya momentánea.

Narciso, el loco y el héroe, están, cada cual en su camino, bien delimitadamente – o ilimitadamente – distantes.

FÉLIX ROS

- (1) No quiero dejar de alegar, paralelamente, una certera observación de Unamuno: *Las muchedumbres son femeninas. Juntad a los hombres y tened por cierto que es lo femenino de ellos, lo que tienen de sus madres, lo que les gusta.* Estoy hablando del arte y claro es que no voy a pensar en la multitud; pero sí en la multitud desintegrada; es decir, *en todos, pero de uno en uno, en cada cual.* En la soledad del hombre consigo mismo, torna el carácter varonil; pero, ¿y el absolutamente femenino para reaccionar enfrente de *eso* para todos, aunque no de todos: arte? Mi afirmación es así tímida—por sabida—aunque no se hable de ella.
- (2) *Don Juan* (Canto II, ver. 200).
- (3) *Idem* (Canto V, ver. 57).
- (4) De José Bergamín, en *Mangas y Capirotos: ... Los hombres, para vivir, se hacen ideales; las mujeres se hacen ilusiones.* Esta es la diferencia: el hombre busca lo ideal, cosa divina—y persona—; la mujer, la ilusión, asequible humano—y cosa—; no *se forja* un hombre, sin esperar a tenerlo.
- (5) C. G. Jung: *Tipos psicológicos: introvertidos y extrvertidos.*
- (6) Néricault Destouches: *Le philosophe marié, ou le mari honteux de l'être.* Comédie. (Théâtre des auteurs de second ordre. Imprimerie de A. Belin, Paris, 1813.)

- (7) Quevedo: *Suasoria séptima de Marco Anneo Séneca el Retórico.*
- (8) O. Wilde: *Poemas en prosa. El discípulo.*
- (9) Idem: *El maestro de sabiduría.*
- (10) Unamuno: *Vida de Don Quijote y Sancho.*



ROMÁNTICA DE DIPLOMAS

ES lástima que no se conserve algún tratado, si es que los hubo, de retórica notarial para uso de los clérigos escribas de la vieja Edad Media; los formularios no lo eran todavía; suministraban modelos y a ellos se acudía con frecuencia: para llegar a un *ars dictandi* faltaba aún mucho tiempo, y el *ars dictandi* mismo fué un arte curialesco.

Habría, sí, una tradición cuidadosamente conservada y sólo transmisible a unos cuantos privilegiados; porque la redacción de documentos había de ser cosa trascendental. La letra no lo suele delatar, pero tenía que temblarle un poco la mano al buen monje pendolista. Ante él, el pergamino aquel, tan caro, tanto que él mismo no es fácil se diera cuenta de lo que costó, de lo que tal vez nos ha costado a nosotros— ¡quién sabe si una carta de San Agustín o un himno de Prudencio, raídos del pergamino!—. Frente por frente, de codos en el escritorio, el viejo abad, en tortura de pensar, luchando con las rebeldías de aquel latín, que se le huía, y en el que forzosamente tenía que ir prendiendo sus teologías alambicadas. Tal vez estaba la Corte en el monasterio y había de interrumpirles además el refitolero, angustiado en disponer el yantar para el rey y los cortesanos, que estamparían luego sus signos al pie de los sutiles conceptos de la *carta*. Al fin, con la colaboración del viejo abad, o sin ella, surgía la fórmula feliz, engolada, retórica, rebotante de erudición escriturística; algún caso latino, es cierto, triunfaba definitivamente en su rebel-

día: alguna palabra vulgar se mezclaba con las selectísimas que habían sido proyectadas: algún hipérbaton dislocado dejaba la frase flotante, sin engarzar en el hilo tortuoso del discurso. Pocas personas habría capaces de notarlo.

Esta vieja retórica de monjes notarios merece el homenaje de un recuerdo; este homenaje puede ser provechoso, por repleto de lecciones. No todo es pedantería en aquellos largos preámbulos; no siempre marchitó la retórica la verdad de aquellas almas sencillas. No es difícil encontrarla, ni para ello hay que revolver centenares de diplomas. Hay a veces, aun en el conceptismo de un testamento episcopal, a vueltas de una vieja homilía remozada para el caso, un acento de sinceridad, un estremecimiento patético de pavor de penas infernales o una ternura insospechada de devoción. A veces, el monje que redactó la demanda de sufragios de los reyes vertió en ella la limpieza de su corazón, su esperanza serena en el descanso de paz de las moradas eternas. Los epítetos mismos, dedicados a la esposa, conforme a la pauta del formulario visigótico, suenan inesperadamente a verdad, a delicadezas de intimidad de hogar. Siempre la concepción religiosa destaca en la originalidad de su repercusión personal o colectiva; religiosidad popular, plasticidad de exposición catequística.

Hay, además, otra retórica de cartularios, de historial de las tierras del convento, narrativa, de grandes ambiciones y pequeñas exigencias.

Un monje de Celanova formulaba el 1077 sus principios capitales: *Illustre quidem operis tum abetur exemplum cum eius narrationis textum bene tenuerit initium*. ¡Sabia regla, patrocinadora de la más deliciosa narrativa! No podrán exhibir nuestros días a los venideros en sus libros y papeles de contabilidad tanta cosa interesante como la que a nosotros nos han guardado los tumbos y becerros; observaciones de ingenua malicia; historias menudas, a veces novelescas, de aquellos hombres pequeños, que no brillaron en las batallas y

fueron ignorados por los autores eruditos de las Crónicas. Para ellos oficia en muchos casos el notario de memorialista y recoge las alegaciones apasionadas de sus derechos, su arrepentimiento tardío y amargo en un pleito que perdieron. A veces es el mismo escriba quien deposita su recuerdo, el recuerdo de sus angustias en las luchas de los abades con el Señor vecino.

Pero no voy a hacer al lector el agravio de *descubrirle* los diplomas. Las obras que se han producido últimamente en España, arrancándoles revelaciones trascendentales, resucitadoras de siglos olvidados, andan en manos de todos. Este pequeño florilegio se sitúa casi en rebeldía frente a la Historia; no es para caracterizar, que es singularizar, aislar, separar unos de los otros los siglos y los hombres: es para revivir, con curiosidad afectuosa, lo que comulgamos con los hombres que fueron. El pergamino ante este interrogatorio confidencial, cordial, se franquea, agradecido, a nosotros y nos confunde en aquel mundo, no tan alejado del nuestro como acusan los años que han pasado.

Sinceridad, verdad del alma que se quiere dejar penetrar; ingenuidad, verdad que se penetra, sin el previo impudor de la sinceridad, son los objetos de este pequeño haz de fragmentos de diplomas de los siglos x y xi, seleccionados rapidísimamente de entre los de unos cuantos monasterios españoles.

J. L. O.

TEOLOGÍA RETÓRICA Y PIEDAD

1

¡OH Luz verdadera, que naces de verdadera Luz inefablemente, e iluminas a todos los hombres de este mundo! ¡Oh Verbo que procedes pleno de gracia y de verdad de la boca del Padre, que con Él y con el Espíritu Santo así permanecéis singulares en personas, que no dejáis por ello de deber ser como Uno adorado, alabado y confesado! ¡Que con tal misericordia te nos mostraste, que lo que era un misterio para los cielos lo revelaste a nosotros, y lo que ellos veían en enigma nosotros lo contemplamos en realidad! Yo te adoro suplicante, ¡oh Salvador mío y Redentor!

En tu nombre y por tu disposición, junto con tus queridos amigos los apóstoles, nuestros maestros, y también con el glorioso triunfador, el obispo Martín, se ha edificado hace poco el Monasterio de Celanova. Y yo, Pelayo, aunque indigno, pero por

tu misericordia pastor y guardador de la sede apostólica de Santiago, para remedio de mi alma y la de mi padre el duque D. Rodrigo, y por el miedo de tu juicio en el día postrero, y en expiación de mi pecado, determiné, con intención de bien obrar..., hacer un don al ya dicho Monasterio...

¡Señor! Cuando considero tu piedad, no me vence la desesperación; porque Tú mismo eres quien, muriendo, no deseas la muerte del pecador. Me esperas todos los días amonestándome y rogándome que abandone mis crímenes y me confíe a Ti; que me deje desnudar de los impedimentos de la carne, y vestir con tu estola de santidad, para así obedecer tus consejos y mandatos y llegar al día postrero, y que en él, tanto mi padre como yo, vestidos con vestidura de justicia, merezcamos ser colocados a tu diestra, bajo el árbol de la cruz, con todos tus elegidos y santos.

¡Tú sabes sacar luz de las tinieblas!

2

AUN cuando el inicio del bien obrar, que por inspiración de Dios se engendra en la mente, se impute ya a las obras de justicia, con todo, su pro-

secución y realización aspiran a una mayor recompensa en el día del premio. Coloca, pues, dignamente su esperanza en la casa celestial, la de las muchas moradas, el que restaura, o trabaja en mejorar la casa de la santa Iglesia.

Nosotros, pues, Fernán González y Sancha, deseando aliviar el peso de nuestras culpas y expiar el reato de nuestros pecados, queremos ser sostenidos con el auxilio de vuestras oraciones; para ello, para conseguir tan gran cosa, os ofrecemos estos pequeños dones. Bien sabemos que no necesitáis en este siglo de la protección de hombre alguno, porque ya os enriqueció nuestro Señor en su reino propio con el don de la santificación. Pero os ofrecemos para las luminarias de la Iglesia, para su conservación y el cuidado de los pobres...

3

CONSTANDONOS que de Dios omnipotente, autor de todas las cosas, que creó por el Hijo y vivificó por el Espíritu Santo, tenemos y recibimos todo lo bueno, según nos enseña el Apóstol, *todo lo que se nos da de bueno, todo don perfecto de arriba es, descende del Padre de las luces*, digno es que, mostrán-

donos agradecidos, en nuestra pequeña posibilidad, le sirvamos en lo que podamos, que le restituyamos lo que se ha dignado concedernos. Él, ciertamente, de nada necesita; todo lo que es, a Él pertenece; pero, según el mandato de Jesucristo, nuestro Señor, debemos por la limosna prepararnos tesoros en el cielo, adonde el ladrón no llega ni la polilla corroe. Así, mostrándonos misericordiosos, con nuestra misericordia, conseguiremos misericordia. Él lo dijo: *bienaventurados los misericordiosos porque ellos conseguirán misericordia*. Por ello, yo, Pedro, aunque indigno, obispo de Pamplona, para tener mi parte en las oraciones de los hermanos de San Juan de la Peña, concedo al Monasterio y a su abad...

4

POR lo que os suplicamos, ¡oh siervos de San Salvador!, los que ahora sois y los que seguiréis a los presentes, a vosotros que en ese Monasterio de Leire ofrecéis al Señor vuestras libaciones y meditáis con salmos o con clamores, que vuestra santa caridad no deje un momento de encomendarnos a Cristo, a nosotros, el rey Sancho y la reina Urraca, para que, ayudados por vuestros sufragios, podamos

escapar del castigo, y, con vosotros y con todos los elegidos de Dios, poseer tronos lucifluos en el reino celeste, donde nos regocijemos con Cristo y con todos sus amigos, sin término, por los siglos inacabables. Amén.

5

BAJO la santa e inseparable Trinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en la que creemos de corazón, la que profesamos con nuestras bocas y profesaremos con nuestras lenguas.

Este es pacto que pactamos los que abajo anotamos nuestros nombres, pacto que hacemos a Dios y a ti nuestro padre Esteban, el abad. Enseñándonos la regularidad antigua que no se puede llevar vida monástica sin abad y que a ningún monje le está concedido obrar a su talante, te elegimos para el privilegio abacial, entregándote nuestras almas y juntamente nuestros cuerpos, para que, según la censura espiritual, nos ordenes lo que es de Dios y le ofrezcas a Él nuestras almas ilibadas y castas. A nosotros, pues, nos corresponde seguir tus consejos, obedecer tus mandatos y manifestarte nuestros actos y conciencias. A ti, enseñarnos sin vacilación lo que aprendiste, oyendo o leyendo, de nuestros mayores.

6

EN el nombre de Dios. Yo, Rodrigo, hijo de mis padres Gutierre y Marina, a ti, mi dulcísima esposa Senior, salud perpetua del Omnipotente. Amén.

Cuando creó Dios en el principio todas las cosas por el Verbo, estableciendo su permanencia y consolidación, construyó también la forma del hombre, decorándola con su imagen, a la que llamó Adán. Contemplándole la Trinidad y reflexionando acerca de él, dijo para sí: *no está bien que el hombre quede solo sobre la tierra*, y cayó sobre él un sopor que le durmió, y extrajo de su costado una costilla, de la que creó la mujer y se la dió por consorte, para que permaneciera junto a él suplicante en todas las cosas. Nos consuela, pues, en igualdad nuestro origen; así, unidos en un solo nombre por Dios, regocijémonos juntamente. Patrocinados por Dios hemos obtenido el consentimiento de nuestros padres: te han entregado a mí en matrimonio. Yo, por tu pudor, por el amor de tu dulzura, por la fragancia de tu virginidad, he determinado hacerte don de las villas que tengo en Galicia...

ET si alguno destos fueros que yo do quisier quebrantar, así los presentes como los que han de venir, sean dañados con Judas el traidor en infierno, e con Datan e Abiron, que los sorbió la tierra, e véngales ira de Santa María con las vírgenes, et de Sant Miguel con todos los ángeles, et de Sant Pedro con todos los santos. Amén.

HISTORIALES

EN el nombre del Señor. Yo, Habdela, fuí del castillo de Pueyo, y, por amor de Cristo, le entregué a los cristianos y al rey Ramiro. Aquel rey me mudó el nombre y me llamó Sancho y me hizo muchos bienes en su vida. Después que murió caí enfermo y en gran miseria; todos mis amigos me abandonaron, y sólo vosotros, mis primos Galindo y Juan, me recibisteis y cuidasteis en vuestro monasterio, me llevasteis con vosotros a Castilla y me alimentasteis y vestisteis. Por ello os hago este documento de mis heredades que tengo en Pueyo; para que, si

algún día da el Señor aquellas tierras a los cristianos, busquéis la herencia de mi padre y de mi madre: su casa, sus tierras, sus viñas, sus huertos y sus olivares, y sean para siempre de vosotros.

9

HUBO un hombre, de nombre Ablavel, que vivía en una con su mujer, de nombre Guntrode, y cuando emigró de este siglo, tomó el rey Bermudo todas sus villas y heredades y se las apropió diciendo que porque había muerto sin hijos aquel hombre.

Vino a su presencia la ya mencionada Guntrode y le suplicó diciéndole: *¡Óyeme, mi señor el rey! Todas esas villas que has tomado las había ganado yo con mi marido.* El rey, lleno de sabiduría, conoedor del bien y preocupado siempre en hacerle, determinó que tomara la mujer la mitad de aquellas villas, de toda la herencia y de cuanto con el marido había ganado. Él retuvo la otra mitad.

10

YO, Losidio, junto con mi mujer Aleça, a vosotros, Vela Bermúdez y tu mujer Gontina, salud en Cristo. Confieso yo, Losidio, que por consejo de mi

mujer e instigación del diablo me levanté y me apoderé de vuestros hombres Fernando y Vita, y los tuve encadenados tres días y tres noches; los saqué de vuestro derecho y me apoderé de vuestra heredad, que valía cincuenta sueldos. Ahora encuentro en la ley que el que usurpa lo ajeno, sin necesidad de juicio, ha de volverlo doblado.

11

SEPAN todos los cristianos cómo hubo una gran discordia y contención entre los abades de San Juan de la Peña y Galinz de Cénarbe. Fué la causa que García Alinz se las echaba de Infanzón en Cénarbe; los abades de San Juan se quejaban y decían que había de hacer como los demás, sus convecinos; pero García Alinz no pagaba el censo como los otros. Los abades de San Juan le hacían todo el mal que podían, y García Alinz se refugiaba en otras potestades, y aquellas potestades, por los buenos servicios que de él recibían, ponían dificultades a los abades. Y así iba pasando el tiempo y sucediéndose los abades y no se arreglaba nada. Por fin vino el abad Aymerico y le prendó y constriñó fuertemente. García Alinz, después de haber su-

frido muchos sinsabores, acabó por venir a los pies de Aymerico y se confió a su misericordia y piedad, le reconoció como señor natural y dijo su culpa.

1. Celanova, año 982, ed. Valdeavellano: *Anuario de Historia del Derecho español*, IX, 170.
2. Silos, año 919, ed. Ferotin: *Recueil de Chartes de l'Abbaye de Silos*, 1 y 2.
3. San Juan de la Peña, año 1092, ed. Ibarra: *Documentos de Sancho Ramírez*, 214-15.
4. Leire, año 981, ed. C. Marichalar: *Bol. de la Comisión de Monumentos históricos y artísticos de Navarra*, año 1914, pág. 63.
5. Silos, año 931, ed. Ferotin: *Recueil de Chartes*, 5.
6. Sobrado, año 1037, ed. Martín Mínguez: *Revista de Ciencias Jurídicas y Sociales*, II, 476. Así como el estilo de los monjes pinnatenses o los de Celanova se conserva en los documentos aquí utilizados dentro de las normas de una regular corrección, hay en el latín de otros notarios tal encanto de anarquía gramatical e ingenuidad que creo agradecerá el lector conocer algunas muestras. Véase la de éste:

In dei nomine, ego rudericus filius quondam parentum meorum gutterre et marina, tibi dulcissime uxori mee senior, ab omnipotente deo perpetuam salutem amen. Dum in principio Deus Verbo creasset cuncta que nomine eo iubent permanent solidata, et construxit hominis formam ad suam ymaginem decoratam que et apellauit Adam. Intuensque eum et reuoluens cogitatione Trinitatis sibi dixit sic; Non est bonum un homo sit solus super terram: et sopor irruit in eum obdormiensque euulsit de latere eius costam, et creavit ex ea mulierem quam dedit coniugem illi in omnibus permanere supplicem. Nos itaque consolauit origo: ut sub uno nomine coniuncti a domino letemur in unum. Idem

a deo patrocinate consensus nobis adhesit simulque parentum nostrorum ut te mihi in coniugio copulatam dedissent. Et ideo propter pudorem et amorem dulcedinis tue et decorem virginitatis tue, ut donarem et elegi sicut et dono...

7. Melgar de Suso, año 950, ed. Muñoz Romero: *Colección de Fueros y Cartas pueblas*, 50. La traducción, que es lo que se conserva, está incluida en la confirmación de Fernando el Santo de 1251.
8. Año 1079, ed. Ibarra: *Documentos de Sancho Ramírez*, 123-4.
9. Sahagún, año 1006, ed. Escalona: *Historia del Monasterio de Sahagún*, 443.

Fuit homo nomine Ablavel Gudestiz, una pariter cum coniuge sua Guntrodo; et cuando migravit ab hoc seculo presit rex Dominus Veremundus omnes suas villas et hereditates, et post parte sua eas pariavit dicendo eo quod absque filio fuerat ipse vir. Et dum in sua presentia venit ipsa superius taxata Gunterode, et suggestionem ad eum fecit et dixit; audi me Domine mi rex; omnes has villas et hereditates quas prendidistis ego eas ganavi cum viro meo. Ipse vero rex sapientiam habens et omnia bona intelligens atque considerans ordinavit ut aprehenderet ipsa mulier medietate de ipsas villas, et de tota ipsa hereditate, et de omnia que cum eo ganaverat, et illa alia medietate aprehendit ipse rex.

10. Sahagún, año 1025, ed. Constans: *Revista de Ciencias Jurídicas y Sociales*, III, 140.

In dei nomine. Ego Losidio una cum uxore mea aleça uobis uela uermudiz, et uxori uestre Contine in xpo salutem. Manifestus sum ego Losidio quia cum consilio de mea mulier, et diabolo suadente leuantui me et pressi uestros homines Fernando et Uita, et misi eos in ligamine III dies et III noctes, et sakui eos de uestro iure et presi uestra hereditate, que vos tenebatis apreciata in L solidos, et inuenimus in lege quod qui usurpauerit rem alienam absque iudicio duplet eam.

11. San Juan de la Peña, año 1092, ed. Ibarra: *Documentos de Sancho Ramírez*, 207-8.

(Selección y notas de JOSÉ LÓPEZ ORTIZ)

CRIBA



LA VOZ A TI DEBIDA

POEMA. PEDRO SALINAS, 1933.

1

EL ESPEJO ARDIENDO

... al verte en el amor
que yo te tiendo siempre
como un espejo ardiendo,
tú reconocerás
un rostro serio, grave,
una desconocida
alta, pálida y triste,
que es mi amada. Y me quiere
por detrás de la risa.

PEDRO SALINAS. — *La voz a ti
debida.*

No creo aventurar ningún juicio caprichoso y temerario si echo por delante, en el comienzo de estas notas, la afirmación de ser Pedro Salinas uno de nuestros primeros poetas actuales. A él y a Jorge Guillén, cada uno por su estilo, corresponde el puesto de honor al frente de la joven poesía española contemporánea, precisamente en momentos en que la poesía se mantiene entre nosotros a un nivel raras veces alcanzado hasta ahora en la historia de nuestras letras. Para una justificación de este situar así a Pedro Salinas en el mapa de nuestra poesía de hoy no es menester, ciertamente, cargar la mano en el em-



pleo de argumentos probatorios. Ahí están, sin necesidad de recurrir a ulteriores instancias, sus libros de poesías—*Presagios*, 1923; *Seguro Azar*, 1929; *Fábula y Signo*, 1931—, por sí solos convincentes. Ahí están, como toda nuestra moderna poesía, esperando en vano un estudio serio, inteligente, que no puede suplirse con ensayos sueltos, con artículos volanderos publicados en diarios y revistas al azar de la aparición de tal o cual nuevo volumen. Con todos los defectos y excesos que pudieran señalársele, y que en rigor no se le han señalado, el único esfuerzo que hasta hoy se ha hecho para acercar al público la poesía castellana de los últimos diez años es la antología ordenada y publicada en 1932 por Gerardo Diego bajo el título de *Poesía española, 1915-1931*. El criterio seguido en la selección es, como indefectiblemente ocurre en este género de obras, discutible. Más discutible, a mi ver, en lo que se refiere a la poesía que tiene su arranque en las postrimerías del siglo pasado y comienzos del presente, que no en lo atañadero a los poetas jóvenes. De éstos, cuando menos, puede con entera justicia decirse que *están todos los que son*, sin que ello equivalga, por otra parte, a conceder, sin más, que *son* todos los que están. Naturalmente, uno de los que son y están con indiscutible derecho es Pedro Salinas. Por la sección a él consagrada en la antología de Gerardo Diego puede formarse el lector no suficientemente familiarizado con su obra una idea bastante completa de la misma. De otra parte, así el lector de última hora como el que haya mantenido trato más asiduo y prolongado con esta poesía hallarán en la colectánea aludida unas páginas del propio Salinas merecedoras de toda atención. Me refiero a la *declaración de principios poéticos*—para emplear la expresión del antologista—que encabeza en dicha obra la selección de poesías de Salinas. Expone allí éste, como a vuela pluma, el orden de sus preferencias en materia de poesía. Estima en ella, *sobre todo*—dice—*la autenticidad. Luego, la belleza. Después, el ingenio. Llamo poeta inge-*

nioso, por ejemplo, a *Walter Savage Landor*. Llamo poeta bello, por ejemplo, a *Góngora*, a *Mallarmé*. Llamo poeta auténtico, por ejemplo, a *San Juan de la Cruz*, a *Goethe*, a *Juan Ramón Jiménez*. Tenemos aquí algo más que una mera exposición y explicación, más o menos arbitrarias, de gustos individuales. Yo, al menos, en esta distinción, no ya de poetas, sino de modos de poesía, veo una base segura para intentar una tabla de valores de la poesía de ahora y de siempre, a condición, claro está, de no perder de vista estas otras palabras aclaratorias del mismo Salinas: *Considero totalmente inútiles todas las discusiones sobre el valor relativo de la poesía y de los poetas. Toda poesía es incomparable, única, como el rayo o como el grano de arena*. Me permito instar al lector a que tenga de continuo presente estas palabras—que suscribo por entero—en la lectura de lo que sigue, ya que precisamente es propósito mío tomar aquí de la mano, como a guía, el espíritu que las informa.

Abundan en la poesía castellana, no exclusivamente en la de hoy, sino en la de todos los tiempos, los poetas que Salinas llama *ingeniosos*, y no ha sido, es ni será menor el número de los *poetas bellos*. Lo que ha escaseado siempre aquí, en cambio, es el *poeta auténtico*; quiero decir—y con ello no creo falsear el sentido que la expresión tiene usada por Salinas—el genuino poeta lírico, en cuanto lo lírico significa expresión poética de una radical intimidad humana. Para convencerse de que no hablo a humo de pajas, bastará comparar una antología poética española cualquiera con una obra análoga portuguesa o inglesa, pongo por caso. La mayor proporción de belleza o de ingenio corresponderá quizás, en términos generales, aun en una lectura superficial, a nuestra poesía; en lo que es poesía auténtica, pura calidad lírica, se llevarán manifiestamente la palma los poetas extranjeros. Entre los nuestros de ahora, ninguno muestra en la medida que Salinas, ni

por modo tan palmario como él, la aptitud lírica. Ni encontramos tampoco otra poesía más descargada de efectismos que la suya, ni nada más limpio de literatura—en el sentido peyorativo comúnmente adscrito a esta palabra por los literatos—que su verso sabiamente sobrio, flexible, con virtudes de aparente espontaneidad, fruto, en rigor, de un constante y alertado estar sobre sí del poeta hasta hacer de él instrumento de rara precisión (1).

Llevamos, aun en los mejores de nuestros poetas, años y años de esnobismo, de hacer de la literatura y de la poesía *misterio*, comunión de iniciados, ciencia oculta casi. La poesía de Salinas, hecha esencialmente de depuración, de sublimización y acendramiento de lo humano, es justamente lo contrario de ese esnobismo, de esa poesía para iniciados. Poesía al alcance de todos—lo cual no quiere decir que sea *poesía para todos*. En otros nos pasman o nos deleitan la gracia, el arrebatado dramático, la novedad, lo ágil y sorprendente de las imágenes, o, como en la poesía de un Jorge Guillén, giran ante nuestro espíritu y nuestros sentidos las puertas diamantinas de un mundo sobreterrenal en que viven con prodigiosa armonía de dechados las esencias de este mundo que pisamos, en que alentamos. Pero en la poesía de Salinas hay de todo eso y algo más, algo único: un calor y un valor humanos, pero transfigurados en perfección de sí mismos, en conseguimiento pleno de su realidad profunda como de su apariencia, flotando en una vena de poesía inconfundiblemente *auténtica*. El mundo en que nos introduce es un orbe poético, cuyas diferencias respecto del nuestro, vividero, son meramente de grado, de calidad, no de sustancia; propiamente, un superarse, un salvarse en cuerpo y alma la cotidianidad de nuestra vida, de nuestra tierra, de nuestro cielo, al ser trasplantados, en las flores de su cosecha mejor, a un plano y un clima líricos en que los seres, las cosas, los fenómenos que aquí nos rodean se evaden gozosamente de las cuadrículas en que latían cautivos,

nacen a un vivir ancho y diáfano, y el *cine*, el avión, la sonrisa de la muchacha o el reloj de pulsera, las palpitaciones del motor en marcha, la calle urbana, el balbuceo del niño o el escorzo de la nadadora en *maillot* pasan a ser elementos naturales y libres de un más alto universo, en cuyo ruedo se hallan asistidos de la misma validez, igualmente justificables y justificados estéticamente y vitalmente, dotados de la misma naturalidad y eficacia mágicas, creativas, en fin, que el árbol, el mar o el cielo. Su atmósfera y su cimiento, la poesía, una poesía que no necesita ni pretende *vestirse de humanidad*, como de la suya anunciaba en tiempos no tan lejanos uno—y excelente—de nuestros poetas nuevos. No necesita ni pretende vestirse de humanidad porque la humanidad la lleva por dentro, están amasadas de ella sus entrañas, su risa, el trémolo de su voz, su alegría de ojos claros y brillantes, su viril melancolía frente al danzar de las cosas en fuga irrestituible. La melancolía, como el júbilo, viril. Es calificativo este que se ajusta como ningún otro a la poesía de Salinas. No basta, en efecto, con decir de ella que es humana. Creo que queda aprehendido más de cerca su verdadero carácter si insistimos en su ser varonil, sin desmayo, sin languidez, enhiesta sin desplante, pero sin envaramiento, como también sin frivolidad, sin atolondramientos de adolescencia desmandada, temblándole allá muy adentro una callada veta de gravedad pudorosa, de ternura de hombre en quien sensibilidad e inteligencia son mellizos receptores de una misma plenitud.

Cuando el hombre se acerca a la madurez, se encuentra, en efecto, con que su violento querer seres y cosas, su ansia imperial de la mocedad primera, ha ido derivando, trocándose en un recogido *querer a* esos seres, *a* esas cosas; querer en que hay un fondo de tácita acción de gracias a seres y cosas por el gracioso, generoso don que de sí, en su estar ahí, al alcance de nuestros sentidos, de nuestro vivir, nos hacen, ofreciéndose-nos en espectáculo cuya contemplación trae a nuestro labio

y a nuestra mirada la misma sonrisa transparente, secretamente conmovida, que a nuestros ojos y a nuestra boca asoma, subiendo, purificadora, de las raíces de nuestro ser, ante los juegos y la charla de un niño. El amor cobra en esos albores de madurez su voz decisiva, y abre en dos campos, como un río anchuroso y profundo, el paisaje de nuestra vida. Paisaje, vida, que es como si acabasen de nacer, de ser creados en ese punto mismo. Porque entre las dimensiones que tienen en común el amor y la poesía, es una la suma rareza de entrambos, pero otra es la virtud mágica de ponernos como por vez primera en presencia de las cosas, con un sobrecogimiento, frente a ellas, de asombro fervoroso y reverente: el mismo que hace prorrumpir a un Shelley en su invocación de amor: *¡Tú, Maravilla; tú, Belleza, y tú, Terror!*, que Salinas inscribe, como en arco de entrada, en la primera página de su libro más reciente, *La voz a ti debida*, en que poesía y amor, maduros, extremados, forman el *espejo ardiendo* que el poeta, que el amante tiende infatigablemente hacia la amada, como vemos en la cita que encabeza estas páginas.

La voz a ti debida representa sin disputa, dentro de la obra de Salinas, el logro más acabado, hasta aquí, de su talento lírico. En nuestra poesía es un libro a todas luces excepcional. Lo es por la calidad y magnitud de su volumen poético, por el colmo de perfección a que llega en él un arte ya, por lo demás, suficientemente probado antes de ahora. Pero en *La voz a ti debida* concurren, además, otros factores a subrayar ese su carácter excepcional. Ante todo, nos encontramos, no con un libro más de poesías, formado más o menos aleatoriamente por la adición de composiciones diferentes, dispares o afines en cuanto a temas e inspiración; *La voz a ti debida* no es un *libro de poesías*, sino un perfecto cuerpo de poesía, un *poema*. Poema con palmaria sustantividad, con la cohesión, con el juego de trabazones y correspondencias

íntimas, con la arquitectura, con la unidad orgánica, en fin, exigibles en todos los tiempos al poema, realizado aquí con un sentido eterno de lo que debe ser la construcción, el esqueleto ineludible de la obra poética, y, a la vez, con un espíritu de modernidad difícil de superar. Su gran novedad con respecto a la poesía de hoy—prescindiendo ahora de otros extremos en que podrían señalársele otras novedades acaso no menores—, está, además, en ser no sólo un poema, sino un poema de amor. Amor y poesía auténticos. De subida rareza, por lo mismo.

En el prólogo de su *Teresa (Rimas de un poeta desconocido presentadas y presentado por M. de U.)*, recuerda D. Miguel de Unamuno, a propósito de amor y poesía, los conocidos versos gongorinos:

Manda amor en su fatiga
que se sienta y no se diga;
pero a mí más me contenta
que se diga y no se sienta.

Versos que, con razón y pasión de poeta, del gran poeta que es, apostilla D. Miguel diciendo: *Frivolidad se llama esta figura*. Yo no sé hasta dónde pueda acusarse de frivolidad, en este respecto, a nuestra joven poesía. Lo erótico, en ella, puede dar también, a veces, la impresión de algo *que se dice y no se siente*; pero lo cierto es que con mayor frecuencia se nos aparece escamoteado, disimulado con inequívoca timidez, como si no se atreviera a decir llanamente su nombre, a dar la cara. Actitud análoga a la que podemos observar en las relaciones entre los sexos, en la juventud de las últimas generaciones, de las que vienen pisándole los talones a la nuestra. La actitud, el tono, vienen a ser los mismos. Parece como que, temerosos y a disgusto, buscasen desterrar de su campo de preocupaciones, de su horizonte social y privado, el amor, relegándolo entre

los temas que no pueden tomarse en serio, emasculándolo, asfixiándolo en una enrarecida atmósfera de ridículo, o, cuando menos, rozándolo con un aire de ligereza burlona que obre de aislador de su electricidad. Y cuando esto es la regla, de una parte, y de otra nos encontramos con una poesía amorosa manida, huera, remendada de tópicos sensibleros, corcusida de ramplonería, hay que ser un gran poeta para atreverse a coger el amor y ponerlo de nuevo, a la vista y al toque de todos, desnudo, más aún, en los puros huesos, revistiéndolo de carne y piel vivas de poesía auténtica, acercándonoslo, metiendo su presencia vivificadora hasta la hondura de nuestra sensibilidad, alumbrándonos, por decirlo así, la conciencia poética de nuestra humanidad; haciendo, en fin, obra de Creación. La obra del Génesis, que en cada tiempo se repite por ministerio taumatúrgico de cada poeta verdadero. Y el poeta verdadero, en este caso, es Pedro Salinas. Sigámosle en su poema.

Con anterioridad a la aparición de la poesía, del amor (*¡Qué gran víspera el mundo! No había nada hecho*), no existe más que una ansiosa, oscura espera cósmica. En medio de ella, el amante, vago fulgor de conciencia del mundo, preso aún en el *gran anónimo de todos, de la nada*, está sabiendo ansiosamente, oscuramente, que el amor, que la amada

puede venir.
Hoy, o mañana, o dentro
de mil años, o el día
penúltimo del mundo...

Ni hay que cuidarse de allanarle caminos; juego inútil,
ocioso es

el esperarla así,
como a soplo o a brisa...

... porque cuando ella venga
desatada, implacable,
para llegar a mí,
murallas, nombres, tiempos,
se quebrarían todos,
deshechos, traspasados
irresistiblemente
por el gran vendaval
de su amor, ya presencia.

Pocos trozos de poesía conozco más vivamente conmovedores que estos versos, en que late la abrasada espera del *gran vendaval del amor, ya presencia*, en cuyo acercarse vibra, poblando de su arrebatada grandeza el mundo—así, en el sol que salta, rojo, congestionado, en el horizonte matutino, arde ya la lumbre que ha de caldear el día entero—, el amor, cuya presencia es la amada. Presencia dispensadora de vida. —*La vida es lo que tú tocas*, dirá el amante. Como también: —*Has vuelto los misterios del revés...*

Y tus enigmas,
lo que nunca entenderás,
son esas cosas tan claras:
la arena donde te tiendes,
la marcha de tu reló
y el tierno cuerpo rosado
que te encuentras en tu espejo
cada día al despertar,
y es el tuyo. Los prodigios
que están descifrados ya.

¡Los prodigios que están descifrados ya! Esto es, los enigmas eternos. Pero entre archipiélagos de ellos, nadadora ágil, pasa la amada, sin equivocarse nunca:

Y nunca te equivocaste,
más que una vez, una noche
que te encaprichó una sombra
—la única que te ha gustado—.
Una sombra parecía.
Y la quisiste abrazar.
Y era yo.

Y era yo. Nada más. Y nada menos. Porque con estas tres sencillas palabras tenemos ya ahí, en pie ante nosotros, latiendo con pulso de vida verdadera, al hombre, al varón, caliente barro humano en que se concreta en forma y en pasión toda el ansia inmemorial y profunda del universo, su ciega sed y hambre de ser. Ante la amada flota *el gran mundo vacío, sin empleo*, y a par de ella está él:

vacante,
por nacer, anheloso,
con los ojos cerrados,
preparado ya el cuerpo
para el dolor y el beso,
con la sangre en su sitio,
yo, esperando
—ay, si no me mirabas—
a que tú me quisieses
y me dijeras: *Ya*.

Momento que inaugura el *gran día* en que *todo dice que sí*, en que el universo, por obra y gracia de ella, de la amada, cobra su cabal sentido, estrena hasta los últimos rincones de su inimaginable riqueza—*tan de verdad todo, que parece mentira*. El amante, en el umbral de ese día, de ese universo, zumbándole en el corazón la palabra creadora, el *¡Ya!*, se siente deslumbrado; cuanto se ofrece a su consideración y

goce tiene que *vivirlo dentro*, que asimilarlo a sus propios sueños:

Quitar el color, el número,
el aliento todo fuego
con que me quemó al decírmelo.
Convertir todo en acaso,
en azar puro, soñándolo.
Y así, cuando se desdiga
de lo que entonces me dijo,
no me morderá el dolor
de haber perdido una dicha
que yo tuve entre mis brazos,
igual que se tiene un cuerpo.
Creeré que fué soñado.
Que aquello, tan de verdad,
no tuvo cuerpo, ni nombre.
Que pierdo
una sombra, un sueño más.

Con lo que se contraponen el día, gozoso, poblado de síes, de espléndidas promesas, de magníficas realidades fugazmente palpables, y la noche (*la noche es la gran duda del mundo y de tu amor*), en que la pasión viril se aísla y angustia, suprimida la apariencia de las cosas, del mundo, cercando con las saetas de sus preguntas el sueño de la amada, buscando encarnizadamente la realidad última de ésta. Buscando la suya propia en la de ella, también, ayudándose el uno al otro, en esta busca apasionada, a *realizarse* plenamente, a dilatarse el uno gracias al otro hasta henchir su dintorno exacto, gozando la suprema alegría del *vivir sintiéndose vivido*. Pero al poner su ser todo en tensión para proyectarlo en la amada, en su ser y vivir, palpa él y confiesa con noble, leal humildad de varón, cuánto les separa: ella lo es todo, le trae el mundo entero en su amar, y el amor que le sobra—dice el

amante—se lo reparten seres y cosas que ella mira. Frente a este opulento ser, a este desbordar generosamente su tesoro de amor y de vida sobre el mundo, sobre seres y cosas, que es ella, el amante, el hombre se mira reducido al anhelar del *¡quisiera!...*, atado en su limitación viva, balbuciendo: *Yo no puedo darte más... No soy más que lo que soy...*, ante la que es *su propio más allá*. En amarla está el cumplirse de su destino. Pero ¿y ella?

¿Amar tú? ¿Tú, belleza
que vives por encima,
como estrella o abril,
del gran sino de amar,
en la gran altitud
donde no se contesta?
¿Me sonrío a mí el sol,
o la noche o la ola?

Sueña él desesperadamente con verla *pura, libre, irreductible: tú*, y a sí mismo *vuelto ya al anónimo eterno del desnudo, de la piedra, del mundo*. Masculino amor de unidad, ansia de captación total, que tiende los brazos hacia la femenina diversidad, hacia el fatal cambio incoercible. (*Fatalmente te mudas—sin dejar de ser tú,—en tu propia mudanza,—con la fidelidad—constante del cambiar.*) ¡Reducir esa diversidad, la fidelidad constante del cambio, a su unidad sustancial; arribar a la fusión del *amor total, quererse como masas,*

ya cambiados
en horizontes finales,
tú, yo, de nosotros mismos!

Horizontes finales; en el campo que limitan, los amantes, trascendidos de sí mismos, mudados en la eterna pareja, su-

perado todo lo accidental, gigantescos *tú y yo, ella y él* (*¡Qué alegría más alta: vivir en los pronombres!*), en cuyo diálogo encuentra su justificación última el universo, la vida, el amor. Porque el amante sabe bien

que en algo, sí, y en alguien
se tiene que cumplir
este amor que inventamos
sin tierra ni sin fecha
donde pararse ahora:
el gran amor en vilo.

Y ese *algo*, ese *alguien*, es lo que tenazmente persigue el amante al buscarla a ella en todo, *por detrás de las gentes*, en su soledad más suya; perdiéndose, en fuerza de querer encontrarla, en su propia soledad, en *la soledad inmensa de quererte yo solo* (... *a tu lado, sin ti. — Yo solo con la verdad...*), viviendo entre figuraciones de ella, sin ella, pidiéndole al espejo que se la distancie (*A ella, que llena el mundo, hazla menuda, mínima*), para saber, por fin, *cómo es* cuando está sola (*aunque así—¡qué verdad revelada!—, aunque así me la quites*). En este ir despojando a la amada de cuanto no es íntimamente ella, de su envoltura y circunstancias puramente de existencia, enderezadas todas las potencias amorosas al ser recóndito, esencial (*lo que eres me distrae de lo que dices*), una curiosa magia erótica trastrueca planos y leyes. El mundo material nace justamente cuando la amada se marcha de la presencia del amante, y su memoria misma *es materia*. Besaba él ayer los labios amados; hoy está *besando un beso*. Pero no con la melancólica complacencia del romántico, no besando una *preparación* de recuerdos para microscopios sentimentales. Lo que ahora hace es algo muy distinto: ese besar un beso crea, sencillamente, limpiamente, una sobrerrealidad luminosa, lograda—como más arriba se ha apuntado—por la reducción del

amor a su soledad, reducción a que ayudan el titánico poder del amor, *catástrofe* y el cósmico *puro anhelo de empezarse otra vez* la historia misma. *El futuro se llama ayer (un ayer que olvidamos)*, y los amantes van,

a fuerza de besar,
inventando las ruinas
del mundo, de la mano...
.....
por entre el gran fracaso
de la flor y del orden.
Y ya siento entre tactos,

dice él,

entre abrazos, tu piel
que me entrega el retorno
al palpitar primero,
sin luz, antes del mundo,
total, sin forma, caos.

Para acabar de apresar la verdad pura de su soledad, no se contenta ya con buscar a la amada *por detrás de la gente*, sino que le pide que le empuje, que le lance de sí, de sus mejillas,

como de islas de coral,
a navegar, a irme lejos
para buscarte...

Pero dirá, al mismo tiempo: *De ti salgo siempre, siempre—tengo que volver a ti.* (Cf.: *Amarte ¡qué ir y venir—a ti misma de ti misma!—Para dar contigo, cerca,—qué lejos habrá que ir. Fábula y Signo.*) Y de ella se aleja igualmente en la larga des-

pedida del sueño, uno de los pasajes más delicados del libro, cuyo paralelo encontramos pocas páginas más adelante:

Cuando cierras los ojos
tus párpados son aire.
Me arrebatan:
me voy contigo, adentro.

A perderse en el sueño de ella, a hundirse en ese sueño

hacia arriba
con un gran peso de alas.

Pero cuando de nuevo abre ella los ojos, es el volverse él

afuera, ciego ya,
tropezando también,
sin ver, tampoco, aquí.
Sin saber más vivir
ni en el otro, en el tuyo,
ni en este
mundo descolorido
en donde yo vivía.

Este amoroso, trágico afán va acosando hasta su último reducto a la fugitiva de mil apariencias, hasta estrechar

sin fin, sin pena
—mientras se va inasidera,
con mi gran amor detrás,
la carne por su camino—,
tu solo cuerpo posible:
tu dulce cuerpo pensado.

En el que encarna plenamente, al fin, el amor. Que al tomar así cuerpo crea su nueva sombra propia, y en torno suyo todo un mundo de sombras. Sintiendo su apretado latir, se pregunta el amante:

¿Y si fueran
—yo las estrecho, las beso,
me palpitan encendidas
entre los brazos—
cuerpos finos y delgados,
todos miedosos de carne?

Finos, delgados *cuerpos ya de sombra*, a los que acaso
otra luz más en el mundo pudiera sacarles

otras
sombras más últimas, sueltas
de color, de forma, libres
de sospecha de materia...

Pero estas sombras, estas formas de sombra creadas por el amor, aprendiz de brujo, se alzan *pidiendo realidades (ellas, desmelenadas, fieras, — ellas, las sombras que los dos forjamos — en este inmenso lecho de distancias)*. Caos turbulento que aspira a ordenación:

Cansadas ya de infinitud, de tiempo
sin medida, de anónimo, heridas
por una gran nostalgia de materia,
piden, tímidas, días, nombres.
No pueden
vivir así ya más: están al borde
del morir de las sombras, que es la nada.

La nada: de nuevo la *gran víspera*. La víspera del *amor total*, del *quererse como masas*. Dice el amante a la amada:

Acude, ven conmigo.
Tiende tu mano, tiéndeles tu cuerpo.
Los dos les buscaremos
un color, una fecha, un pecho, un sol.
Que descansen en ti, sé tú su carne.
Se calmará su enorme ansia errante,
mientras las estrechamos
ávidamente entre los cuerpos nuestros
donde encuentren su pasto y su reposo.
Se dormirán al fin en nuestro sueño
abrazado, abrazadas.

A descansar, a hallar descanso y pasto en el seno de la nueva creación, del mundo nuevo, depuración del mundo primero y primario que el amor supera y recrea, transfigurándolo, al calor de su sueño demiúrgico.

... Y así luego,
al separarnos, al nutrirnos sólo
de sombras, entre lejos,
ellas
tendrán recuerdos ya, tendrán pasado
de carne y hueso,
el tiempo que vivieron en nosotros.
Y su afanoso sueño
de sombras, otra vez, será el retorno
a esta corporeidad mortal y rosa
donde el amor inventa su infinito.

Retorno—¡éste sí que eterno!—en que la poesía vuelve a descubrir, revividos, soñándose, rehechos interminablemente,

el mundo, la vida, el amor. Renovado descubrimiento del mundo. Descubrimiento a fondo que nos ofrece Salinas con este poema, en que su poesía afirma su voz más veraz, más cálida y noble, apresada en la encendida órbita de su *espejo ardiendo* esa divina *corporeidad mortal y rosa*, salvación del universo, y da, en fin, a la mejor poesía española de hoy y de siempre uno de sus libros capitales.

JOSÉ MARÍA QUIROGA PLA

(1) De rara delicadeza, también. Leyendo algunos versos de Salinas hay que remontarse en nuestra poesía hasta Garcilaso para encontrarles par, no sólo en la gracia formal, en el movimiento y la música internos, sino en lo que toca a la exquisitez del sentimiento mismo. Pudieran multiplicarse abundantemente los ejemplos, pero sólo quiero ofrecer aquí uno al lector, recomendando especialmente a su atención los versos que subrayo en este pasaje de *La voz a ti debida* (págs. 93-94):

... Saliste de tu ausencia,
y aún no te veo y no sé dónde estás.
*En vano iría en busca tuya allí
adonde tanto fué mi pensamiento
a sorprender tu sueño, o tu risa, o tu juego.
No están ya allí, que tú te los llevaste;
te los llevaste, sí, para traérmelos,
pero andas todavía
entre el aquí, el allí. Tienes mi alma
suspensa toda sobre el gran vacío,
sin poderte besar el cuerpo cierto
que va a llegar,
escapada también tu forma ausente
que aún no llegó de la sabida ausencia
donde nos reuníamos, soñando...*



2

DULCE SUEÑO DONDE HAY LUZ

La lírica moderna se definió en angustia, perdió su relación con lo alcanzado, su equilibrada seguridad. Angustia, soterrada, de fuerzas instintivas puestas en juego, superada la norma. Y angustia intelectual de aristas fijas, ordenado el sentir. Angustia de sensibilidad, que se quiebra desnuda, y angustia de razón, que se espeja a sí misma. Abierto el campo del hallazgo. Nueva ordenación de la sensibilidad delimitada por la consciencia—pero delimitar no es limitar—; la certidumbre de lo que no debe hacerse no es solamente un concepto negativo, sino una normación de la búsqueda, es decir, una posibilidad de actuar, un deber ser. Volver las espaldas es indudablemente un modo de tener presente, de estar ante algo, de contar con él, en cierto modo, más que para fijar, para adoptar nuestra actitud. Angustia, pues, pero angustia *ordenada*, delimitada por este su bello convencimiento de que en arte el aceptar y el lograr se dan en razón inversa; doblemente angustia por la diyunción de sus caminos, el perderse en la busca y el buscarse a sí propia, con esta generosidad del perderse, de suprimir nuestra personalidad, de disciplinar el pasmo, para hallar el ambiente, y también y al mismo tiempo, para encontrar nosotros, encontrarnos, hechos substancia universal, ardidos, identificados con el mundo que nos rodea. Toda diyunción de pensamiento o forma se angustia por convertirse en fe, por traspasar el umbral del conocimiento y adentrarse en la entraña misma del ser, convirtiéndose en

substancia vital. Es esta *la teoría transformada en sentimiento* de que nos habló Dostoievsky. La transición sacrifica varias generaciones, las que se inquietan en la busca de concepciones nuevas que aún no están plasmadas de modo definitivo sobre el ambiente y las que descansan en la aceptación de lo convenido, generalmente por convenido, convencional. Entre el buscar y el aceptar está la unidad espiritual del clásico. *Yo no busco, encuentro*, dice Picasso. (*La poesía no es lo que se busca, sino lo que se encuentra*—escribió Eugène de Guérin—.) La duplicidad de los puntos de vista necesitó el impulso creador para ser enriquecimiento y no problema. El único medio de poseer, íntegramente, con todo el sentido de totalidad que tiene la palabra, es entregarse a las cosas para incorporar su abandono y nuestro abandono en una misma órbita de sensibilidad. De aquí esta necesidad de la lírica actual de perderse para ser, este ansia de darse, de ofrendarse, de aumentar hasta el imposible su porosidad, esta expectación casi religiosa ante el brote de vida que alienta en una brizna de hierba, en un milímetro cuadrado de tierra parda, esta plenitud de asombro ante el fenómeno vital que remansa en el gozo e impide—serena y cristianamente—*disfrutar de las cosas en el propio disfrute*. (Solamente disfruta el que está al margen.) Misericordiosa plenitud del Universo, todo vivido en milagro, en continuo trance de acabar, para apurar su contenido. Angustia inasible del perderse para hallarnos al fin con los ojos abiertos por la fiebre del pasmo. Es la ingenuidad, capacidad de asombrarse y voluntad de adquirir. Al cristalizar en la duda, cuando la ingenuidad se desdobla en angustia, aparece el filósofo. Al cristalizar en la fe, cuando la angustia se transforma en ingenuidad, aparece el poeta—Pedro Salinas—y el libro, *La voz a ti debida*, que logra suprimir el revés de las cosas; el libro y el poeta, que saben que todo tiene un camino y una senda escondida, un haz y un revés que hay a toda prisa, al fin, a toda prisa, que unificar. Necesidad irrecusable de con-

vertir el tiempo de presente todo el espejear discorde y mate de nuestro mundo sensible. Cristiana ingenuidad de aspirar a ser más.

La voz a ti debida. Bien clara la intención en el alba del título, esta voz que vuelve a la línea de costas sin descansar en lo adquirido, que busca en ser a ti debida su intención de existir, de ser por ti, no por sí, su intención de incorporarse al mundo, de perderse, para ser en él abandono de sí, materia cósmica. Tensión suprema del espíritu en su máxima receptividad. Ventanales amplios al exterior que vierten la luz de un modo – por continuo – dolorosamente inaprehensible. *Cada encanto es un orbe*, dijo Jorge Guillén. Revive el poeta el mito de Hércules; los ojos de la poesía son el bautismo del Mediterráneo. No reducir el mundo en lo grácil del encanto, sino prestar a cada encanto la trascendente gravedad de un Universo. El poema es vida, no reflejo; verdad vivida, no expresión viva, porque el poema no se escribe para una serie determinada de finalidades, sino por un orden estrictamente riguroso de motivaciones. La inquietud del estado poético nos da la palabra, y la palabra, la suprema inquietud; pero no cabe confundir el punto de partida, el estado inicial de sensibilidad. No es la poesía, ni aun el poema, una resultante, una forma de expresión de un modo de sensibilidad, sino, por el contrario, la realidad que le motiva y se ofrece a nuestros ojos en continuo deseo de agotar el instante. Por esto la poesía no es susceptible de historización, la historia no captaría sino lo puramente accidental y externo, los materiales de construcción; el fenómeno poético no es una simple forma de pensamiento, y no puede, por tanto, emerger o incluirse en la cultura de una época; no es una realización porque no cabe realizarlo; se *justifica* en el lenguaje por la necesidad de escribirse; pero lenguaje, tiempo, pensamiento y poesía, entidades en planos distintos, no son mensurables entre sí. La verdad poética no es nunca literaria; sí, en cambio, puede

serlo la verdad del poema. Poesía es siempre la voz a ti debida, a un tú, religión, belleza, amor..., que con su entrega crea la necesidad de fijarle, y por esta necesidad se justifica la *ficción* del poema, la creación, la arquitectura interna y externa de la obra, que no es nunca poesía. *Poesía de verdad*, dijo Bergamín, para situar este libro, cierto, verdad en poesía, por esta su hondísima necesidad de escribirlo, de fijar en palabras esa sorpresa que lo produjo, la sorpresa radical que es siempre la poesía. Esta necesidad da el tono de la voz. La voz poética, por serlo, es siempre verdadera, con la verdad absoluta de su voz y su acento. El tono poético no es siempre auténtico con la verdad relativa, de la necesidad que lo ha creado y la intención que lo anima. Esta necesidad da el tono de la voz y mantiene el impulso, el milagro de la fuerza como elemento estético que porta el flúido, que carga las palabras de esa emoción primitiva e inarticulada y hace posible el estado poético en el lector. Fuerza que en la letanía es lírica pura, y corriente impetuosa en el poema de Whitman.

No es posible desconocer la relación entre la esencia de las cosas y su idea, o, dicho de otro modo, entre su realidad y la órbita de sugerencias que despierta el nombrarlas. Todos los grandes líricos han sentido la necesidad de hacer suyos, mediante el cambio de nombre, los objetos convirtiéndoles en mundo poético. Surge así el imperativo del estilo, por esta perfecta recreación de las cosas que es el nombrarlas de nuevo, es decir, *tenerlas*, de diferente modo, ya que saber una cosa es el primer estadio de tenerla, de poseerla. La forma es el equivalente lírico, la máscara que sustituye al poeta en la ficción del poema. Su trágico dualismo es *ser* al mismo tiempo playa que lo recibe y sombra que le vela. Poesía es un ser entre dos nada, el poeta y la forma. Este libro no supera—formalmente—los anteriores del autor. La lírica de Salinas tiene una línea de continuidad tal, que aun hoy no nos parecen superados algunos poemas de Presagios. Sin audacias, perfecta-

mente equilibrados, son frecuentes los versos que, como dijo Unamuno de modo insuperable, *se nos quedan agarrados en el hondón de la memoria y se nos ponen a cantar en ella cuando menos lo esperábamos, versos sueltos que suelen no ser sino pura música, enlaces de palabras que andaban buscándose desde que el idioma nació:*

de lo oscuro, iluminada
de joven hacienda honda.

O

Amor total, quererse como masas.

Y también

a esta corporeidad mortal y rosa
donde el amor inventa su infinito.

Versos generalmente turbados en su propia emoción.

Y súbita, de pronto
porque sí, la alegría.

O metáforas, precisas, precisadas por la línea de sombra del concepto:

El sueño es una larga
despedida de ti,

O

tan alta de esforzarse,
que ya se está cayendo
doblada como un héroe
sobre su hazaña inútil.

Fondo y forma es ecuación perfecta en la lírica de Salinas. La preocupación formal de esta poesía es la agilidad, la ligereza; el verso siempre se nos presenta, en escorzo, sin fijarse, como una corriente de aire, y en esto estriba su principal

valor; es una forma adelgazada, instantánea, espejeante, en continuo movimiento, que consigue la quietud, la forma irreparable a fuerza de alas, *a fuerza de no pararse nunca*, como dice el poeta. Forma dúctil maleable, perfectamente apta para agotar el instante, desdoblándolo en mil matices con esta vitalidad del período sin peso alguno, tan de un solo trazo, abierto todo hasta el final del libro, donde reposa la emoción tirante en la meseta de la espera. A veces aparece Guillén, ambos son, los distantes extremos de una misma coordenada poética:

¡Atrás y siempre atrás!
¡Retrocesos en vértigo
por dentro, hacia el mañana!

El poeta sabe que la frente es más segura y da en este verso su posición ante el mundo, *su apasionada objetividad*. Todo el libro se define plásticamente, como un primer plano femenino, enmarcado dentro de esa ilimitada perspectiva humana que es el poeta, todos los gestos, todas las actitudes quedan incorporadas; escorzadas en él; este es el encanto, la gracia inefable del poema. Una figura de mujer, que se sabe mirada y se quiere sorprendida, tiene siempre en la asombrada expectación del duermevela, todas las páginas del libro. ¡Qué ansia de aprehender el instante sereno, sustantivo para fijar definitivamente el hondísimo misterio de lo femenino, para ordenar esas *rutas que están buscando su paso con voluntad oscura!*

ese es tu sino. Vivirte.
No hagas nada.
Tu obra eras tú nada más.

O el encanto inefable de aquellos otros:

esta corporeidad mortal y rosa,
donde el amor inventa su infinito.



Ansia de verdad, ansia de amor, ansia de plenitud, son los márgenes fijas del pensamiento del poeta, logradas todas por el empeño de este libro. El deseo del poeta de agotar el instante obliga a ir al tiempo a su lado *sometido y elástico*. Ha sido el tema del tiempo obsesión en la lírica de Salinas. Tiene ya anteriormente varios poemas sobre este asunto; en este libro son frecuentísimas las citas:

El tiempo no tenía
sospechas de ser él,
venía a nuestro lado
sometido y elástico.
Para vivir despacio
deprisa le decíamos.
Para o echa a correr.
Para vivir, vivir
sin más, tú le decías
vete.

Para Salinas, amante, el tiempo no tiene ya valor sustantivo.

Lo que yo llamé pasado
eras tú.

Pasado, presente y futuro se consuman en ella. Por haberlo encarnado en su figura el pasado *pierde su veneno*, se convierte *en aquella su pura corporeidad mortal y rosa*.

El presente es un *puro vivir sin sucesión, salvados de motivos*, y el mañana, que *iba suelto, sin alma sobre el aire por ella, se pobló de carne y de banderas*. Tiempo del presente el tiempo de poeta—sólo tic-tac de reloj—, pero de un reloj humano, con vibración de sangre, que lleva al mundo una cuenta distinta, única nueva, tú.

Libro de amor y de devoción el libro de Salinas. El autor, con gran acierto, dada su unidad, le llama poema. Ciertamente; poema de tono emocionado, sin nada que corte el fluir, la viva corriente del impulso amoroso. Amor en vilo, suspendido, como un astro en un cielo de sangre; en vilo porque toda su vida es un querer llegar, una constante superación de esa verdad tan verdadera, tan auténtica, que ya no se espeja en la realidad y parece mentira; de esa verdad sin límites que se asombra a sí misma. Amor en vilo, embriagado en la *pura gloria de su acertar*. Amor intemporal y, por lo tanto, eterno. Amor en Soledad, en esa maravillosa soledad del poeta donde palpitan todas las vibraciones cósmicas. Amor entrañable, en continuo deseo de ahondar dentro de sí, para lograr la quietud del éxtasis por la multiplicación de las visiones. Amor ardido en plenitud de amor, en esta asombrosa plenitud del autor que llega a dar vida a la parte inanimada de su existencia, que logra forzar la muerte e iluminar la sombra en el poema donde culmina el esfuerzo del libro:

¿Y si no fueran las sombras
sombras, si las sombras fueran
—yo las estrecho, las beso,
me palpitan encendidas
entre los brazos—
cuerpos finos y delgados,
todos miedosos de carne?
¿Y si hubiese
otra luz más en el mundo
para sacarles a ellas,
cuerpos ya de sombra, otras
sombras más últimas?



Libro de amor y devoción el libro de Salinas. El primer libro de amor de nuestra generación.

Se esfuerza el poeta en la creación de un mundo. Soledad, madre de madres, principio y fin, culpa y gracia. El amor, como el arte y la religión, logra ese privilegio. Mundo en donde las palabras de ella no estén articuladas en un idioma al alcance de todos, un lenguaje con *gramática e historia*. Mundo en que la última esencia de la personalidad de la amada no quede intacta a espaldas de la entrega, conservando siempre para el amante el sagrado del nombre, la idea del ser, la mostración dolida de su divina alteridad, que hace exclamar al amante: ¿por qué tienes nombre tú? Mundo en el que pierde su fuerza de motivación lo anecdótico, porque el poeta tiene que vivir los hechos dentro de sí, se los tiene que soñar con ese sueño donde hay luz, con ese soñar que es convertirlos en carne y sangre misma. Nunca tan auténtica como ahora esta Verdad en poesía del libro de Salinas. La despedida de la amada, su balbuciente *no te vayas* apenas da lugar—como acontecimiento, como hecho—al dolor del amante, del poeta, en la estrofa en que alude de un modo sereno a ella:

Si me llamaras, sí, si me llamaras.
.....
Nunca desde los labios que te beso,
nunca
desde la voz que dice *no te vayas*,

necesita el poeta entrañarla en su ser, vivirla dentro de sí, desgarrarla en el sueño, para que surja esa despedida—ya en un poema posterior—turbia de arena y de sangre, por arrastrar consigo la misma entraña, la más íntima corriente de sensibilidad de este sueño de amor, tan auténtico que desmiente la realidad e imposibilita la despedida.

no te vayas, y ellas,
tus tres palabras últimas,
van hablando conmigo.

Sin cesar me contestan
a lo que pregunto:
mi vida el primer día.
Espectros, sombras, sueños,
amores de otra vez,
de mí compadecidos,
quieren venir conmigo,
van a darme la mano.
Pero notan de pronto
que yo llevo estrechada,
cálida, viva, tierna,
la forma de una mano
palpitando en la mía,
la que tú me tendiste
al decir *no te vayas*.

El deseo de evasión ha creado siempre en la literatura el mito del Paraíso. Paraíso de amor este de *La voz a ti debida* —voz debida y de vida—. Eva eterna, permanente, elemental, anterior a la naturaleza. La mujer es el puente sobre el agua que conduce al misterio, la escala de Jacob entre el hombre y la divinidad. Ave y Eva del verso de Berceo. Al varón cupo otra suerte de maternidad—la maternidad de la forma—. Realización del impulso amoroso por este breviario de amor que es el poema de Salinas, lejano como el nacimiento de los ríos, lejano y eterno. Debe el poeta al amor la fuerza, el fondo, la forma y la maravillosa unidad de este libro, y debe sobre todo esta necesidad absoluta que le llevó a escribir, a dar forma de vida al impulso amoroso, esta necesidad de escribirse que es la fe de la poesía, fe que es también como para San Pablo necesidad de conocer en la sabiduría de Dios, a Dios, por sabiduría.

LUIS ROSALES



3

AMOR SUFICIENTE

*Dans une île que l'air charge
de vue et non des visions.*

MALLARMÉ.

En Pedro Salinas llega a su colmo el apartamiento de las visiones. Su mirada de poeta es auge de la vista sobremisteriosa. Cuanto más claro, descubierta, sin sombra y sin recuerdo, es un momento del mundo, más le apura y trasfigura su dicción apasionada. La transfiguración, rebelde a todo peso de engaño, a todo vuelo de ansia desconocida, se presenta, infinitamente segura, ante sí misma. ¡Como si hubiera conciencia, conocimiento reflexivo, distinción racional de las ilusiones puras! ¡Como si hubiera un recinto de pruebas del encanto! Esto no es una simple exclamación mía: en algún poema, Salinas ha llegado a probar su propio encanto, ha llegado a satisfacer su curiosidad de luz verificadora de todo lo inestable—el grito aislado o la mañana de esperanza—, y no con maravillas formales, sino con una suelta vacación sostenida, vacación perenne, cuya soltura consiste en sostenerse. Ha probado Salinas lo más débilmente improbable, ateniéndose precisamente a su debilidad. Por eso, en definitiva, la debilidad, en él, se ha salvado por débil, como la piedra por pétrea, la amargura por amarga y la luz por luminosa. Y de estas pruebas, de las cosas sencillas de siempre, han salido las palabras transfiguradas, seguras de su anhelo y de su alcance, en busca del mundo

nuevo, pasajero y moderno, de confort y de inventos: la apagada bombilla invisible, el radiador, las teclas de la máquina de escribir. Temas dispersos de poesía, pero extremadamente equivalentes en los términos intensos de la prueba de cada uno; salto prodigioso desde las figuraciones más leves a la esfera del reloj pintado. ¿Es esto una mezcla monstruosa, contradictoria, en la magia de las palabras, de soplo de espíritu fecundo y cargamento material estéril? No, sino más bien unidad afirmativa del lenguaje, dignidad verbal de la respuesta a ese auge de la vista sobremisteriosa. La poesía no puede dirigirse a una locomotora, a un maniquí de escapatrate, sino desde sus motivos de siempre. Encerrada en éstos, la vista sobremisteriosa decide, al calificarse a sí misma, de *qué* va a ser vista, y así aparecen ante ella lo mismo un chopo atrevido, índice del paisaje, que un jarrón sobre una mesa, término de la nostalgia. Es, en esa vista, en la que están, en principio, todos los desarrollos posteriores equivalentes; es ella misma, mantenida en auge, el principio de esa equivalencia. Pero ¿qué quiere decir que una vista o visión cualquiera, precisamente por no ser cualquiera, se mantiene en auge? ¿Cómo es posible que se mantenga una visión siendo la misma siempre? ¿Es la vista o visión entretenida por lo que ve, o más bien se tiene ella sola, y así, teniéndose sola, tiene todo lo demás por añadidura?

Las visiones se tienen solas en el amor: esto es lo importante. La soledad, que mantiene decidida una visión de las cosas, es una muestra del amor suficiente. Y este amor es suficiente por ser único, espacio único en frente de la dualidad, insuperable, de los dos términos: dentro y fuera. El hombre sin amor deja que le entren las cosas, añadiéndole semejanzas, pero en el hombre que ama no entra cosa ninguna: su mirada decidida consiste en salir, él, a ellas. Esta salida no es propiamente salir afuera, sino no dejar que entre

nada en él, porque en el amor que le enciende no tienen sentido ni la salida ni la entrada. El amor del hombre termina, inmediatamente, en una cosa inefable. Cada cosa es inefable por lo mucho que se la ama y no puede serlo de otra manera. Por eso en el amor no hay traducción, no hay manejo, ni imitaciones de las cosas, sino palabras elegidas como términos de la distancia. Las palabras de un poeta son palabras amadas. El amor a las palabras no tiene resultado, y así es un poema. Lo propio del poema es su medida secreta, que, en la peculiaridad de su secreto, es total. La totalidad de la medida se refiere a que cada palabra vale por todas en lo inefable del amor. Sin el amor, lo inefable es inexplicable, y el amor no lo explica: hace innecesaria su explicación. Porque en él no se continúa, sino, todo lo contrario, se persevera o se perdura. Pero sólo la continuación pide explicaciones y sólo en ella pueden darse. La perseverancia, que es obra del amor, las ignora, siendo la raíz de esa ignorancia suya el espacio único encendido en el hombre que persevera. Ese espacio es ignorancia de toda complicación futura; por eso no hay tampoco en él alteridad esencial. No hay media naranja; no la puede haber, porque el hombre que ama no necesita ser completado por nada ni por nadie. Necesidad de amar es lo más opuesto a necesidad de completarse, ya que amar es ser hombre completo. Si por aspiración se entiende aspirar a algo, no hay aspiración amorosa. Los deseos no pertenecen propiamente al amor, ni los desvelos, ni las esperanzas, ni la desesperación, ni los rabiosos celos. Todos estos estados, que revelan una *interioridad incompleta* del alma, no pertenecen al amor, sino a su ilusión verdadera. Pero esta ilusión no es sino lo propio de la existencia humana en él; por eso es verdadera, aunque sólo para el hombre.

En el amor el hombre es completo por la inefabilidad de cada cosa, es decir, porque al no haber dentro ni fuera, cada cosa es el hombre que la ama. Esto sucede en la condición o

índole del amor. En cambio, en la condición del hombre en él, todo se convierte en ilusión amorosa. Cuando el hombre ama, ateniéndose exclusivamente a la condición del amor, no hay objeto amado. El hombre pierde su humanidad al quedar identificado con cada cosa, en el sentimiento inefable de ella, y adquiere, en esa identidad, una índole sobrehumana de añadidura. Cuando ama, ateniéndose a su condición humana, ya no hay tanta sencillez y, en la medida en que no la hay, aparece el objeto amado, como aquello que es digno de amor. *Todo lo que es digno de amor, dice Novalis, es un objeto, una cosa.* Pero este objeto, que por un lado proviene de la falta de sencillez del hombre, por otro lado es el que se la procura, completándole en el amor. Si el hombre se atiende al amor, sólo hay amor y hombre completo en él. Si se atiende a su condición humana, hay un objeto amado que lo completa según esa condición; es decir, hay una mujer amada. Es esta una dulce ilusión, porque aunque completa al hombre en el amor, no completa a éste que, desde un principio, es amor completo. Y es ilusión verdadera, porque completa al hombre según su condición de hombre, que era a la que él se atenía.

El amor es el único motivo de vida y, por consiguiente, de visiones, para un poeta. Pero este amor-motivo puede ser al mismo tiempo amor-tema de poesía; es decir, puede atenderse el hombre, a la vez, a la condición del amor y a la suya propia. En esto consiste toda auténtica poesía amorosa. Por atenderse el hombre al amor es poesía, y por atenderse a sí mismo es amorosa. Y la ilusión verdadera de la mujer amada coincide, entonces, con todas las cosas inefables, en el sentimiento.

El lenguaje, en esa coincidencia, se ofrece extremado como calidad pura o gloria de calificativos; pero no sólo de los así llamados, sino todo él, unido, es un querer ser calificativo, un no querer más que calificar a la amada que, en su ilusión, ha completado al hombre. Éste, por atenderse al amor,

ya era completo en él, y su lenguaje, poético y amoroso, ha de responder a la vez de su sencillez humana, como visión sin falta en un espacio único y como interioridad incompleta en una ilusión verdadera. La ilusión llena, con su verdad humana, el espacio único sobrehumano, y el amor, suficiente, recibe de la coincidencia sorprendente de la amada con todos los motivos de vida que son él mismo, la confirmación de su suficiencia.

Así la vista pura, sobremisteriosa, de Salinas, mantenida en amor suficiente, se entaña tanto en esa suficiencia, que el sentido, o espíritu, más elevado de su *ver algo*, consiste en confirmarla. Su amor termina, como siempre, en cada cosa, creándola, pero ahora cada cosa es una sorpresa de la amada. Habría que preguntarle a ésta, empleando el sorprendente, y sorprendido, verso de *Pedro de Jesús*:

¿quién te enseñó el perfil de la azucena?;

habría que dirigirse a ella, con todo el lenguaje desplegado en ofrenda ilusoria, a pedirle confirmación del acierto, íntimo, de cada palabra. La amada confirma el acierto, siendo nada más ilusión verdadera, y el hombre, que recibe de ella lo que le faltaba, perdura en el amor, no sólo como espacio único, sobrehumano, sino como anhelo, amargura, dolor o triunfo. Su índole propia de hombre coincide con la índole del amor en la verdadera ilusión de la amada. Atenerse al hombre que es, es atenerse al amor que le enciende. Y perdurar con la vista mantenida en el espacio único es entregarse, completo y decidido, a aquellas inquietudes y aspiraciones vagas que confirmen su soledad entera en el vuelo sencillo de la ilusión. La soledad del hombre, que es entereza de vida y de visiones, seguridad de palabras o de proporción externa para todos sus motivos suficientes, al ser interrumpida por la ilusión, ya no

mantiene a las visiones; éstas han de ser mantenidas por la ilusión misma. Así la amada interviene en la unidad del amor; su ilusión mantiene lo que el hombre veía y sentía, que, por lo mismo, queda exclusivamente referido y reducido a ella. El hombre entero queda reducido a ella en sus palabras, en las que la suficiencia del amor como creación poética está confirmada por la sorpresa que la ilusión de la amada planta encima de las cosas.

Y por ser esta confirmación sorpresa, la soledad interrumpida del hombre es, empleando la expresión del Dante, *vida nueva*. La novedad es lo más sencillo, porque conduce a la coincidencia del hombre con el amor. El hombre que amaba al mismo tiempo según la condición del amor y según la suya propia, llega, en la novedad de la amada, a la coincidencia de ambas condiciones. No hay para él más condición que esa sorpresa o vida nueva extraordinaria en la que se desvanece su lenguaje por la propia soltura de su precisión poética. Todo su lenguaje se lo debe a su amada, que es sorpresa diminuta posada sobre cada cosa. Y no se lo puede entregar más que en desvanecimiento, porque entregárselo a ella es responder, cumplidamente, a la ilusión que lo confirma.

Así Pedro Salinas es incompleto en su interior: debiéndole *todo* a la amada. Y en la vena desatada, que es la elección de las palabras en su poema amoroso, clara respuesta líquida a las sorpresas diminutas, todo lo que le debe es esa voz verdadera de ilusiones, nacida en los puros antros cristalinios de la cortesía de Garcilaso:

*mas con la lengua muerta y fría en la boca
pienso mover la voz a ti debida.*

LUIS F. VIVANCO

